

HORROR EN EL CUARTO OSCURO

ADA CORETTI

La oscuridad era intensa, cerrada. El cielo se hallaba encapotado. Había empezado a llover.

La silueta del caserón se perdía entre aquellas intensas sombras, sobre la leve colina.

No había iluminación en sus ventanas. En ninguna de ellas.

Todos sus ocupantes debían estar durmiendo, pues era ya más de medianoche. Por lo menos esto era lo más natural, sencillo y lógico de suponer.

Sin embargo, alguien en la casa estaba despierto.

Y acababa de salir de su dormitorio, con pasos medidos, sigilosos, para que no se oyeran.

Esta persona, tras permanecer unos instantes inmóvil, agudizando el oído para asegurarse de que los demás reposaban en sus respectivas habitaciones, siguió adelante por el pasillo.

Al llegar a la escalera, la enfocó hacia arriba, hacia el ático. Lentamente, con prudencia, pero sabiendo bien adónde iba y por qué iba.

Fue directamente hacia el cuarto oscuro…

Antes de entreabrir la puerta, vaciló, dudó. Pero no mucho. Sólo unos breves instantes.

Como si se lo hubiera estado pensando mejor.

Pero se lo tenía ya bien pensado.

No iba a volverse atrás.

Debía llevar a cabo lo que se llevaba en la cabeza.

Abrió la puerta, pues, y entró… Y allí dentro estuvo bastante rato. Tuvo que estarlo. No le quedó otro remedio. Iba a encontrar algo y debía dar con esa cosa…



Ada Coretti

Horror en el cuarto oscuro

Bolsilibros: Selección Terror - 26

ePub r1.0
Titivillus 28.01.15

Título original: *Horror en el cuarto oscuro*
Ada Coretti, 1973
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba lloviendo.

Por la oscura calle no transitaba nadie.

Era ya noche cerrada.

La muchacha iba tan tranquila bajo su paraguas, con su impermeable blanco, con sus botas altas.

Trabajaba en el snack-bar de la carretera. Acababa su turno muy tarde. Sin embargo, la pagaban bien y estaba contenta con su empleo. Podía ahorrar para casarse.

Pero, de pronto, la chica tuvo la sensación de que alguien la estaba mirando. Y siguiendo.

Y fue su sensación tan viva, tan hiriente, que se quedó estremecida de pies a cabeza.

Se giró, miró a su alrededor. No, no había nadie, absolutamente nadie. Se había dejado dominar por el miedo.

Tal vez… porque acababa de recordar lo que leyera en el periódico unos días antes.

Se había cometido un terrible crimen. La víctima era una muchacha rubia, de cabellos muy largos, destacando de su anatomía las piernas, preciosas, y los senos, muy desarrollados, turgentes, desafiantes…

Exactamente como era ella.

Una coincidencia que en aquel momento no le hizo la menor gracia, incitándola, de un modo nervioso y confuso, a acelerar sus pasos.

No le faltaba mucho para llegar a la esquina. Entonces doblaría por la derecha e iría a desembocar a la avenida principal.

Allí habría ya luz.

Y también gente.

Se dio cuenta de que había dejado de llover y cerró el paraguas, pero sin detenerse.

Seguía yendo aprisa. Sólo pensaba en llegar cuanto antes a la esquina de la calle.

Y de nuevo la sensación de antes, esa sensación que ahora, aún más viva e hiriente, más escalofriante, dejó la sangre helada en sus venas.

Pero se dijo que era una estúpida. El ruido que por segunda vez le había parecido oír debía ser el viento… Sólo eso. No debía, pues, acobardarse por tan poco.

Sin embargo, a pesar de sus razonamientos, al parecer lógicos y sensatos, cada vez se sentía más inquieta y desasosegada.

Y de pronto, ratificando ese miedo que no podía sacar de su cuerpo, que por instantes se hacía más y más intenso, un hombre surgió de un portal, anteponiéndose a sus pasos.

Tan terrible fue el sobresalto de la muchacha, que ni siquiera acertó a gritar. No pudo ni abrir la boca. Se quedó clavada en el suelo, sobre la acera, temblando.

La silueta del desconocido inducía, desde luego, al terror. Al más espeluznante de los terrores.

Iba enteramente vestido de negro, con el sombrero calado hasta las orejas. El rostro oculto tras un pañuelo, como si fuera un *gangster* dispuesto a atracar un Banco. Pero lo que en él resultaba verdaderamente escalofriante, lo que rebasaba los límites de lo real, lo que ya alcanzaba lo alucinante, eran sus ojos… ¡Sus ojos eran de color rojo! ¡De un rojo violento, brillante, agresivo! ¡Parecían hechos de pura sangre!

—Voy a matarte.

Fue lo primero que dijo aquel hombre, recio, de elevada estatura.

Y apenas pronunciadas estas palabras, aumentó, si cabe, el miedo, el espanto de la muchacha. Pero no sólo por lo que aquel hombre acababa de decirle, sino porque su voz no era humana. No, no podía ser la voz de un ser viviente. Imposible. Enteramente imposible.

Era una voz rasgada como una herida abierta, y desgarradoramente profunda, como los mismísimos abismos del infierno.

—Yo no le he hecho nada malo —consiguió articular la muchacha, aunque precisando hacer un desesperado esfuerzo.

Temblaba de pies a cabeza—. ¿Por qué quiere matarme?

—Tú no tienes la culpa —dijo aquella voz cavernosa, a través del pañuelo negro que ocultaba su cara—, pero la lluvia me pone nervioso, me da dolor en las sienes… Un dolor horrible, insoportable… Me irrita mucho, enormemente…

Alargó la mano izquierda, enguantada, y cogió a la muchacha por un brazo. Con dedos fuertes, crispados, que parecían despiadados garfios de hierro.

—La lluvia me deprime, me entristece —siguió diciendo—. Cuando veo el cielo oscuro, negro, me dan ganas de llorar… Y entonces lo único que me consuela es matar a alguien… A una mujer, claro… A una mujer como tú, con las piernas preciosas, con la cabellera rubia, muy larga, y con el pecho llamativo…

La muchacha quiso desasirse de la mano de aquel hombre. No pudo hacerlo. Ni por asomo.

Comprendió que no iba a poder escaparse, que no iba a poder echar a correr. Estaba irremisiblemente en su poder.

—Las mujeres siempre me han tenido a menos —agregó el hombre—. Nunca he conseguido que ninguna me quiera… Por eso, en venganza, las mato… Entonces triunfo sobre ellas, siendo dueño, más que de su cuerpo, de su propia vida…

La muchacha acababa de recordar fielmente lo que leyera en el periódico unos días antes.

Recuerdo espeluznante, diabólico, que la hizo sentir que la vista se le nublaba, que todo daba vueltas a su alrededor.

Si se trataba del mismo asesino, estaba perdida. Inevitablemente perdida. No le quedaba nada que hacer. Sólo encomendar piadosamente su alma a Dios.

Y sí, se trataba del mismo maníaco. No le cupo la menor duda de ello cuando le vio sacar a relucir un cuchillo. Un reluciente y afilado cuchillo, acompañando su gesto con esta macabra información:

—Arderás como una tea… Ésta será tu muerte… Pero antes te he de amputar los senos… Estás orgullosa de su lozanía, de su turgencia, de su tentador perfil, ¿verdad? ¡Pues se acabó!

Entonces sí gritó. La muchacha gritó con todas sus fuerzas. Se sentía enloquecida.

Pero el cuchillo relucía ya en el aire, dispuesto a asestar el

golpe. Cayó implacable, y atravesó la gabardina y rasgó la carne de un lado al otro.

Brotó un chorro incontenible de sangre.

El grito había muerto en la boca de la muchacha, terminando en un gemido de espantoso dolor.

Volvió a alzarse el cuchillo.

La muchacha dio por seguro que se iba a desmayar. Y era lo mejor, lo más piadoso que en tales circunstancias podía pasarle. Pero era joven y fuerte, y no se desmayó.

Los ojos rojos del hombre brillaban más que nunca. Volvió a asestar el segundo golpe.

El otro seno quedó rasgado, casi colgando. Volvió a brotar otro chorro de sangre.

La muchacha cayó de rodillas. Las piernas no le sostenían. ¿Cómo no perdía el conocimiento, cómo era capaz de soportar tanto?… El dolor era horrible, espantoso.

Pero aún le faltaba por pasar lo peor. Ella lo sabía porque había leído el periódico unos días antes.

La sentencia de un loco asesino iba a cumplirse. No iba a haber piedad para ella.

Cayó enteramente desplomada, sobre la acera mojada, pero aún conservaba el sentido…

Lo suficiente al menos para ver que aquel hombre sacaba una botella del bolsillo de su negra americana.

La destapó, rociando con su contenido de gasolina la gabardina, los cabellos y el cuerpo de la muchacha. Rociándolos hasta su última gota.

—No, no… —pidió la muchacha.

El hombre sacó un encendedor de color rojo. Del mismo tono violento que sus ojos endemoniados, maquiavélicos.

Encendió. Surgió la pequeña llama, al parecer puramente inofensiva.

—No, no… —y ella agrandaba los ojos hasta desorbitarlos.

Impasible, acercó la llama al cuerpo de la muchacha, a su gabardina, a sus cabellos empapados.

Al acto surgieron mil llamas devoradoras, convirtiendo el cuerpo de la muchacha en una dantesca pira.

No había vuelto a gritar.

No volvió a hacerlo.

Aquello era fatalmente el final.

Una media hora después, un transeúnte encontraría su cuerpo sin vida, retorcido de dolor, quemado y desfigurado hasta límites que ponían los pelos de punta.

CAPÍTULO II

Audrey trabaja en la gasolinera.

Muy cerca del snack-bar del que todos estaban hablando a raíz de lo que le había sucedido a aquella pobre muchacha.

Y éste era ya el segundo caso.

Dos casos de análogas e idénticas características que habían conmovido a la pequeña ciudad de Dressbold (Inglaterra), al norte de Leicester.

Audrey estaba de muy mal humor.

Hacía apenas unos minutos que James Merrit se le había declarado, le había dicho que la amaba y que quería casarse cuanto antes.

A ella le gustaba aquel hombre. Era joven, alto, buen tipo, con un rostro agradable, de acusadas facciones. Trabajaba como mecánico no muy dejos de allí, y podía ofrecerle una vida, si no lujosa, sí por lo menos exenta de privaciones.

El día antes se le había declarado Michael Freeman. También era joven, aunque éste no era alto, ni tenía buen tipo. Era bajo de estatura, poca cosa. Pero se le veía bueno, honrado y… muy rico. Porque Michael Freeman era el dueño de media localidad.

Así pues, Audrey tenía motivos para estar contenta. Sus dos admiradores se le habían declarado, ambos manifestando ansiosamente su deseo de casarse pronto.

Pero Audrey no estaba contenta, ni muchísimo menos. Se hallaba, lo dicho, francamente de mal humor.

Y todo debido a la muchacha del snack-bar. Y a los comentarios de los periódicos, que una y otra vez hacían hincapié en lo mismo… Es decir, en la clase de anatomía femenina que, por lo visto, era la obsesión de aquel maníaco asesino.

Y el caso era que ella, Audrey, se parecía mucho físicamente a esas desgraciadas víctimas. Su cabello era rubio y lo llevaba muy

largo. Tenía las piernas esbeltas, muy bien torneadas. En cuanto a su delantera, atraía irremisiblemente la mirada de los hombres: era su perfil tan agresivo, incitante, provocador…

Además, ella solía recorrer el mismo camino que aquella muchacha del snack-bar. Y a la misma hora aproximadamente, ya que cuando acababa su trabajo en la gasolinera también era ya noche cerrada.

—Un día voy a tener un susto… —musitó, hablando consigo misma.

Pensó que, bien mirado, lo mejor que podía hacer era decidirse por uno de esos dos hombres que la habían pedido por esposa y dejar de una vez el empleo.

Pero ¿con quién se casaba?

Los dos le resultaban agradables.

James Merrit le atraía más, sin duda debido a su prestancia personal, pero tampoco podía desestimar en absoluto a Michael Freeman. Tenía mucho más dinero y, por descontado, mucho mejor carácter que James Merrit, pues éste pecaba a menudo de demasiado brusco.

Se lo pensaría con un poco más de calma. No podía decidirse así, a la ligera. Luego podría lamentarlo.

Pero ¿y si luego lo que lamentaba era el no haberse decidido… antes? Porque cada día de duda, de vacilación, significaba un día más de regresar sola, indefensa, por aquellas calles desiertas, oscuras…

Sin embargo, aquella noche todo iba a irle de cara. Por lo menos así lo supuso al ver, cuando ella ya se disponía a regresar a su casa, que pasaba Adrian Carter en su pequeño coche.

—Buenas noches, señor Carter —le saludó, con amabilidad.

Era un hombre de mediana edad, pero con el cabello ya casi blanco, alto, de aspecto muy distinguido.

—Buenas noches, Audrey.

Y ella, sin necesidad de más, se animó a confesarle:

—Estoy un poco nerviosa con lo del crimen… Me refiero a la muchacha del snack-bar… ¿Le molestaría a usted, señor Carter, llevarme en su coche hasta mi casa? Si no es demasiada molestia… En su compañía me sentiría tranquila…

—¡Oh, sí, no faltaría más! Sube, Audrey —le abrió la portezuela

—. Te aseguro que es un verdadero placer para mí.

Se lo agradeció con una sonrisa, mientras el hombre, sin poder evitarlo, echaba una rápida mirada a su llamativo pecho.

—¿Qué me cuentas, Audrey? —preguntó luego, al poco de poner el coche en marcha.

—Nada de particular —contestó ella—. Eso sí, lo que le decía: que estoy un poco asustada por lo de ese maníaco… Ya van dos crímenes. ¡Es horrible, espantoso!

—Sí, lo es —convino—. Esperemos que la policía no tarde en detenerle. Un sujeto así, suelto, es un grave peligro para nuestra pequeña ciudad. —Y cambiando de tema—: Bueno, qué, ¿tú no te casas, Audrey?

—Aún no —respondió—, pero ahora ya me lo estoy pensando. Pensando muy en serio.

—Debes tener muchos partidos, ¿no? ¡Con lo guapa que eres! ¡Con la figura que tienes!

—Tengo dos propuestas formales de matrimonio —sonrió ella.

—¿Contándome a mí o sin contarme? —Quiso saber Adrian Carter.

—¿A usted? —se desconcertó un poco Audrey.

—Sí, a mí… Porque supongo que eres lo suficientemente lista para haberte percatado de que me tienes cortada la respiración.

—Pues debo ser tonta —bromeó Audrey—, porque no me he dado cuenta, en absoluto, de que su respiración funcione mal.

—Claro, claro… —hizo un gesto de comprensión, de tolerancia —, tú eres demasiado joven y bonita para detener tu atención en mí… Te llevo veinticinco años, como mínimo… En fin —bromeó él también—, tendré que resignarme. Pero dime: de esos dos partidos que tienes, uno de ellos es Michael Freeman, ¿no es cierto?

Iba conduciendo a poca velocidad. Indudablemente, no tenía el menor empeño en llegar pronto.

—Sí —contestó Audrey.

—Me lo figuraba. Para algo es mi jefe y… le conozco.

Pero en eso paró la marcha, haciendo que el coche se detuviera.

—¿Qué pasa? —inquirió ella, no gustándole excesivamente aquella imprevista parada.

—No pasa nada.

—Entonces, ¿por qué se ha detenido? —Se le había alterado algo

la voz.

—No te asustes —dijo él—, que yo no soy ese asesino que busca la policía. Es que quiero hablarte.

—¿Hablarme?

—Por tu propio bien… —y agregó—: No quiero que actúes a tontas y a locas. Eso del matrimonio es cosa muy seria.

—No le entiendo.

Se volvió hacia ella, en esta ocasión mirándole de un modo amable, cariñoso, casi paternal.

—¿Qué sabes tú, en definitiva, de Michael Freeman? Que es muy rico, sí, pero ¿qué más? Saber eso no es saberlo todo, ni mucho menos.

—Sé que vive en el caserón —dijo Audrey—. En el caserón que hay a la salida de Dressbold sobre la colina. Que vive allí con su madrastra y con una hermanastra…

—Yo soy su secretario particular —repuso Adrian Carter—, y voy a diario al caserón, a ocuparme de mi trabajo. Conozco bien aquel ambiente… A esto me estaba refiriendo.

—¿Qué le pasa a aquel ambiente? —Quiso saber Audrey—. A juzgar por su expresión, señor Carter, aquello no es para animar a nadie.

—Exactamente —dijo él—, no es para animar a nadie, y menos aún a una muchacha como tú, que por tu juventud y belleza nadie puede negarte el derecho a tener ilusiones.

—¿No se pueden tener ilusiones dentro del caserón? —preguntó. Pero antes de recibir respuesta—: De todos modos, si yo me casara con Michael Freeman no sería para ir a vivir allí.

—Esto es lo que tú ilusamente supones, Audrey —ironizó—, y es de esto, principalmente, de lo que quiero prevenirte. Michael Freeman no dejará nunca ese caserón, por lo menos mientras su madrastra… viva. Así pues, si le aceptas ha de ser con la idea de aceptar cuanto allí, entre aquellas paredes, puedas encontrarte.

—¿Y qué me encontraría? —La curiosidad de Audrey se había hecho punzante.

—Unas personas —dijo— capaces de encoger el ánimo a cualquiera. Y un ambiente acorde con ellos… Un escenario perfecto para sus divagaciones, para sus desequilibrios…

—¿Me quiere dar a entender que están mal de la cabeza?

—Tanto como eso… —y volvió a ironizar—, pero se le parece. No están en sus cabales. Ahora bien —puntualizó—, quiero que sepas, Audrey, que yo, a pesar de cuanto te he contado, aprecio muy sinceramente a Michael Freeman. Por él sería capaz de hacer cualquier cosa.

—Si usted lo dice… —y fue como si lo hubiera puesto un poco en duda.

—No hace muchos años —le refirió Adrian Carter— yo estaba muy bien económicamente: tenía negocios, fortuna propia… Pero me cayó encima una mala racha y todo se vino abajo. Entonces, todos me volvieron la espalda. Todos menos Michael Freeman. Y ahora soy su secretario particular, cobrando un sueldo magnífico. Así pues, tengo motivos sobrados para estarle agradecido, ¿no crees?

Audrey le miraba. Pero no dijo nada, no intercaló palabra alguna.

—Sin embargo, cada vez que piso el suelo del caserón —puntualizó él— presiento que allí dentro hay algo…, algo… —parecía no encontrar la palabra adecuada, pero sí la encontró—: Algo… escalofriante.

—¿Escalofriante? —Y Audrey, a pesar suyo, sintió que un frío helado le subía y le bajaba la espina dorsal.

—Sí, sí… —asintió Adrian Carter.

—No lo entiendo. Usted debe saber más cosas… De lo contrario, encuentro verdaderamente extraño y fuera de lugar esa sensación suya…

—Tal vez se deba todo —dijo Adrian Carter— a ese cuarto oscuro y a lo que aquel día sucedió.

—¿De qué cuarto oscuro me está hablando? —preguntó—. ¿Qué es lo que aquel día sucedió?

—Hay una habitación en el ático… Una habitación grande, destartalada, llena de muebles viejos… Una habitación sin ventana, muy oscura… Allí no puede entrar nadie. Una vez lo intenté y…

—¿Y qué? —preguntó de nuevo Audrey.

—La señora Freeman me vio, se irritó enormemente y de poco…, de poco —la voz le había vacilado ostensiblemente—, de poco… ¡me mata!

—¿Le mata? —El cuerpo de Audrey sufrió una sacudida

violenta, convulsa.

—Sí, ésta es la verdad. Cuando menos lo esperaba, se lanzó contra mí con un hacha en la mano. Apenas pude contenerla. Afortunadamente, no pasó nada.

—¿Y sigue usted, señor Carter, en una casa así? De buenas a primeras, esto resulta inadmisible.

—Pensé en irme —le explicó—, pero luego la señora Freeman se tranquilizó, recobró la calma y me pidió humildemente que la perdonara. Me pidió que no me fuera, que me quedara… Me lo pidió llorando… No supe negarme. Y en fin —concluyó Adrian Carter—, ya te he informado, Audrey, de cuanto he creído que era mi obligación decirte. Esto es todo, que ya es bastante. Ahora decide tú —y puso de nuevo el coche en marcha, esta vez ya a una velocidad normal.

—Gracias por advertirme.

* * *

Poco después, Audrey estaba en su apartamento.

Un apartamento pequeño, minúsculo más bien, pero que a ella le servía perfectamente.

Un armario-cocina, un sofá convertible en cama, una mesita extensible, un televisor y el teléfono. No necesitaba más. No, mientras no se casara, aquélla le bastaba y le sobraba.

Sonó el teléfono.

—Diga.

—¿Eres tú, Audrey?

—Sí, la misma —respondió con naturalidad—. ¿Con quién estoy hablando?

Tardó en sonar de nuevo aquella voz desconocida. Tardó por lo menos veinte segundos. Veinte segundos que a la muchacha se le antojaron larguísimos, inacabables…

Como si un sexto sentido le estuviera indicando que aquello era el comienzo de algo horrible, alucinante.

—Soy el hombre que la otra noche mató a la muchacha del snack-bar…

—¡No! —El grito le salió fuerte, estridente.

—Síiiii… —dijo la voz—. Soy el mismo. Te llamo para avisarte. Tú vas a ser mi nueva víctima.

Se había puesto blanca como una muerta. Le temblaba el teléfono en la mano tanto que apenas podía sostenerlo.

—Eres muy atractiva —repuso de nuevo la voz—. Me incitas demasiado cada vez que te veo… Tú apenas reparas en mí, pero yo me quedo con las entrañas revueltas… Morirás como las otras… Igual que las otras… Exactamente…

—¡Cállese! —Se puso a gritar, histéricamente—. ¡Cállese! ¡Está usted loco! ¡Loco de remate!

—No me hablarás así cuando nos encontremos… —masculló la voz—. Entonces me pedirás piedad… Incluso de rodillas me la pedirás… Pero yo no te haré caso… Te amputaré los senos… Luego te haré arder como una tea…

—¡Cállese! —volvió a gritar, y esta vez, más que histérica, parecía como si a ella también la razón se le hubiera extraviado.

—Sí, preciosa —habló de nuevo aquella voz—; te va a tocar a ti. Arderás como una…

Frenética, Audrey colgó el auricular. Con un golpe seco, fuerte, que debió retumbar al otro lado del hilo.

Pero se quedó con los ojos muy abiertos, casi desorbitados, clavados en el aparato. Aún lo sujetaba, no acertaba a soltarlo, como dominada por una poderosa fuerza de atracción.

Volvió a sonar el teléfono.

Ella no movió ni un dedo. Ni pestañeó. Ni tragó saliva.

El teléfono siguió sonando, persistente…

De pronto, no pudo contenerse y con los nervios rotos volvió a alzar el auricular hasta su oreja.

—¡Cállese! ¡Cállese!

—¿Qué te pasa, Audrey? —inquirió al otro lado la voz sobresaltada de James Merrit—. ¿Te sucede algo?

—¡Ah!, ¿eres tú?… —se echó a llorar, pero en el fondo tranquilizada al oír una voz amiga—. Sí, James, me ha sucedido algo horrible… Verdaderamente horrible… ¡Si supieras…!

—¿Por qué lloras? —preguntó James Merrit—. ¡Dime, por favor, qué ha pasado! —Pero al ver que no cesaba el llanto de la muchacha, decidió—: Ahora mismo voy a tu lado, Audrey. No te inquietes por nada. Dentro de cinco minutos estaré allí.

—Sí, James.

Pero a Audrey le entró un miedo tan grande por todos y cada uno de los hombres que ella conocía, incluido James Merrit, que cuando éste llegó a su apartamento y llamó, no se atrevió a abrirle.

—Discúlpame, James —le dijo a través de la puerta—, pero he perdido la llave…

—¿Que la has perdido? ¡Vamos, mujer, no me expliques un cuento!

—Sí, sí, de veras… De todos modos, ya estoy mejor… No, en realidad no me ha pasado nada de particular… Gracias por haber venido en mi ayuda… Te estoy muy agradecida… Bueno, adiós…

—¡Audrey! —exclamó él—. ¡A ti te sucede algo raro y a mí no puedes engañarme! ¡Ni que yo fuera tonto! ¡Ábreme ahora mismo!

—No puedo —su acento no dejaba de ser inseguro, vacilante—, ya te lo he dicho, he perdido la llave… Tengo que buscarla…

—Estás muy agitada, muy nerviosa…

—No es nada, te lo aseguro.

—Quiero verte.

—Mañana… Pasa por la gasolinera. —Y para acabar cuanto antes—: Te estaré esperando. Buenas noches, James. Tengo mucho sueño. Es ya muy tarde.

Finalmente, James Merrit se decidió a apartarse de aquella puerta. Aunque a juzgar por su rostro, lo hizo de muy mala gana.

—Buenas noches, Audrey.

CAPÍTULO III

Al día siguiente, Audrey fue directamente a la comisaría de policía. No podía, claro está, dejar de hacerlo.

Al saber de qué se trataba, le recibió el propio inspector.

Quedó abierto el correspondiente expediente. Quedó anotado su domicilio, los nombres de sus amistades masculinas, su lugar de trabajo, todo cuanto podía resultar de interés.

Pero, por descontado, no pudo localizarse el lugar en que fue efectuada aquella llamada telefónica. Ni pudo darse con ninguna otra pista.

—Le pondremos vigilancia durante unos días —dijo finalmente el inspector—. De todos modos, vaya con mucho cuidado, con mucho tiento, con mucha precaución… Y si ve algo sospechoso, pónganos al corriente inmediatamente. Haremos por usted lo humanamente posible…

Pero no pasó nada de particular.

Ni aquel día. Ni aquella semana.

Ni durante varias semanas…

Todo había vuelto aparentemente a la más completa normalidad. Aunque bien sabía Audrey que el peligro persistía. Ahora más que nunca. Desgraciadamente.

Además, lo presentía…

Presentía que antes o después caería en poder de aquel hombre. Un hombre que no sabía quién era, cuya personalidad desconocía, que por lo visto permanecía agazapado como una fiera, como una terrible fiera, esperando su momento oportuno.

Pero ella no cometía imprudencias. Había dejado su empleo en la gasolinera. No salía nunca de noche. Nunca cruzaba una calle solitaria. Siempre iba atenta a lo que hacía.

Sin embargo, aquel atardecer oscuro y lluvioso, se decidió a cruzar la calzada y a mirar el escaparate de aquella *boutique*.

El establecimiento estaba ya cerrado, pues ya era tarde, pero le atraía echar una ojeada a aquellos modelos. Mujer al fin, le tentaba la moda.

Además, de la *boutique* a la avenida principal apenas habrían cinco o seis metros. En ese lugar nadie podía atreverse a nada, pues cualquier grito hubiera sido oído.

Por tanto, se decidió a cruzar la calzada…

Y ya pasaba a la acera de enfrente, cuando le acometió la horrible, la espantosa sensación de que alguien la estaba mirando fijamente, obsesivamente.

Se giró, nerviosa, asustadísima, pero no había absolutamente nadie.

Pero la sensación experimentada, no cedía en intensidad, por el contrario se hacía más y más terrorífica.

Se había quedado quieta, como paralizada.

Sin embargo, no resultaba prudente seguir inmóvil. Debía echar a correr hacia la avenida principal. ¡Al diablo aquellos vestidos de última moda!

Dio unos pasos y… ¡zas!

Cayó en la trampa que alevosamente le habían tendido.

La tapa de la cloaca había sido cambiada por otra, hecha a medida, conveniencia y deseos del interesado. Bastó que Audrey pusiera el pie para que el peso la inclinara y para que ella cayera, siendo tragada por el agujero.

Cayó por aquel vacío.

Audrey se dio un golpe muy fuerte, rudísimo, y quedó de momento contusionada.

Pero seguían en pie sus cinco sentidos, por lo que, no sin razón, se sintió espantada, llena de pavor…

Fue a gritar. A gritar desesperadamente con todas sus fuerzas. Pero el asesino no la perdía de vista y le tapó la boca, con su mano enguantada de negro.

Pero todo era oscuridad para la muchacha, así que, del asesino, sólo podía distinguir su silueta recia y alta.

Éste la hizo poner en pie y siempre con la mano tapándole la boca, la fue arrastrando a través de la cloaca.

A ella apenas le sostenían las rodillas, pero lo seguía sin oponer resistencia. Tal vez porque veía brillar, en la otra mano del asesino,

un terrible y amenazador cuchillo.

Pero esa oscuridad que a Audrey le hacía dar el paso sin saber siquiera dónde ponía los pies, fue cediendo poco a poco.

Tras doblar una derivación de la cloaca, apareció en el suelo una linterna, cuya luz no era muy fuerte, pero sí suficientemente para que aquello dejara de ser un tenebroso túnel.

Sin embargo, el resplandor de aquella luz hizo aún más espantosa, siniestra, aquella situación que de siniestra y espantosa ya lo tenía todo.

Porque entonces Audrey se dio cuenta de que los ojos del maníaco, lo único que el sombrero y el pañuelo negro permitían ver de su cara, eran de color… ¡rojo! ¡De un rojo violento, brillante, agresivo! ¡Parecían hechos de pura sangre!

Audrey no gritó. Aunque pudo hacerlo porque el hombre había dejado ya libre su boca. Pero ¡cómo iba a gritar si ni aliento tenía para respirar!

* * *

—Ya estamos juntos. Te lo dije por teléfono…

La muchacha hizo un esfuerzo. Tragó saliva, aunque a duras penas. Y dijo:

—Usted no es aquél… Su voz no es la misma…

No parecía la misma voz. Por descontado que no. La del aparato era recia, amenazadora. Pero, pese a todo, era una voz normal.

Sin embargo, la de ahora no era… humana. No, no podía ser la voz de un ser viviente. Imposible. Enteramente imposible.

Audrey experimentaba la misma sensación que las otras víctimas…

Era una voz rasgada como una herida abierta y desgarradoramente profunda, como los mismísimos abismos del infierno.

Sí, idéntica sensación que las otras víctimas…

—Sí, soy el mismo. Por teléfono suena mejor mi voz, ¿verdad? Pero mi voz verdadera es ésta. ¡Ésta!

—No me mate… —suplicó Audrey, castañeteándole los dientes —. ¿Qué va a ganar haciéndolo?

—Voy a ganar… tranquilidad —sonó de nuevo la voz cavernosa, a través de la tela negra que cubría su rostro—. Me quedo muy tranquilo cuando mato a una chica guapa. Es que la lluvia me pone nervioso, me da dolor en las sienes. Es un dolor horrible, insoportable… Me irrita mucho, enormemente…

Pegada contra la pared de la cloaca, sintiendo que se le colaba la humedad, Audrey se sentía cada vez más aterrorizada. Pero no podía dejarse matar así, sin intentar, como fuera, que la dejara con vida.

—Esconda el cuchillo —imploró—. No me quite la vida… ¿No me dijo por teléfono que soy muy atractiva, que le incito…, que cada vez que me ve se queda con las entrañas revueltas? —Recordaba fielmente aquella expresión—. Pues si es así, si yo le gusto… no me mate…

—¡Sí, voy a matarte!

—Déjeme libre… —imploró de nuevo— y vayamos a mi apartamento. Seré muy cariñosa con usted. Podrá quedarse todo el tiempo que quiera.

Pretendía salir de allí. De ese lugar húmedo, maloliente, enloquecedor.

Después ya se las arreglaría para huir de aquel hombre… si es que podía hacerlo. Pero aunque no pudiera y fuera ultrajada por él, cualquier cosa se le antojaba mejor que aquella muerte espeluznante que la esperaba.

—¿Tanto deseas seguir viviendo? —inquirió—. ¿Tanto?

—Sí, sí… —arrastraba angustiosamente su repetida afirmación—. Estoy dispuesta a hacer todo lo que usted quiera, todo lo que usted me pida…

—¿Todo? —volvió a inquirir, esta vez con un tono que tenía bastante de expectante, de ansioso—. ¿Lo dices de veras? ¿Todo lo que yo te pueda pedir…?

Respondió rápida, aferrándose a esa, tal vez, posibilidad de salvación:

—Sí, sí… Claro que sí…

El hombre se acercó más a ella. Para reparar mejor en su expresión y ver si era verdaderamente sincera al decir eso.

Sin embargo, Audrey sólo vio que se le acercaba el cuchillo y temió que hubiera llegado su hora.

Alzó su mano y rechazó la enguantada de él. Algo bruscamente. Por lo que, en su gesto, levantó la manga de su negra americana. De un modo involuntario, que en realidad careció de importancia.

O por lo menos hubiera carecido de importancia a no ser porque Audrey se dio cuenta de que el asesino tenía, a una distancia de unos veinte centímetros de la muñeca, un lunar… Un lunar bastante grande. Una mancha negra, de forma irregular.

—Si quisiera matarte, no podrías impedirlo… Con que suéltame ahora mismo… No hagas estupideces… —y la voz estremecedora de aquel hombre, que no se había dado cuenta de que Audrey había reparado en el detalle de su lunar, añadió—: He traído la linterna, porque quería verte bien. Lo suficiente bien para saber si eras capaz de…, de…

Se detuvo.

Audrey cerró más la boca. Para que sus dientes no dieran tanto unos contra otros.

—… Capaz de obedecerme en todo —concluyó—. Pero lo cierto es que ahora iba a matarte, porque es lo más sencillo, lo más fácil. Sin embargo, ahora que tú misma me ofreces hacer todo lo que yo te pida…

—Sí, sí —repitió, agarrándose cada vez más esperanzada, y también más desesperadamente, a aquella posible tabla de salvación.

—Pues bien, me fío de ti —decidió finalmente aquella voz del otro mundo—. Saldrás de aquí con vida.

Seguía pegada de espaldas a la pared. Seguía sintiendo que su humedad se le calaba. Pero por primera vez Audrey pudo respirar un poco hondo.

—¡Pero harás lo que yo te mande! —exclamó—. Y no dirás a nadie que obedeces mis órdenes. ¡Ni irás a la policía!

—No, claro que no… —se apresuró a prometer.

—Todo quedará entre tú y yo… Y recuérdalo, a nadie, absolutamente a nadie, dirás lo que te ha sucedido conmigo… Como si yo no existiera… Si en algo me desobedeces, apareceré de nuevo y te mataré. ¡Esa vez no tendrás salvación! ¿Me has entendido?

—¡Oh, sí! Perfectamente.

—Pues lo que vas a hacer es sencillo… Sólo se trata de una cosa.

¿Me oyes bien?

—Sí, claro que le oigo. Si está gritando y está usted tan cerca… Le he oído muy bien.

—Pues lo que vas a hacer —repitió— es casarte…

—¿Casarme? —Su perplejidad fue tan grande que, por unos instantes, anuló su terror.

—Sí, casarte… —asintió—. Pero a «él» no le dirás jamás que le aceptas porque yo te lo he exigido así… Le harás creer que le quieres, que le amas, que por eso unes tu vida a la suya… ¿comprendido?

—Sí —musitó.

Pero no comprendía nada. ¿Qué podía comprender si todo aquello parecía formar parte de un desvarío?

—Si a «él» le dijeras la verdad —volvió a sonar la voz de ultratumba— y yo me enterara, y antes o después me enteraría, entonces…, entonces te buscaría de nuevo y segaría tu vida a rajatabla, ya sin brindarte oportunidades de ninguna clase.

Se detuvo, quedando forjada una pausa, en la que sólo se oyó el rumor del lento descender del líquido maloliente por la cloaca, y la respiración entrecortada y jadeante de Audrey.

La del maníaco no se oía. Era como si no respirara. Como si no precisara hacerlo. Un detalle más que contribuía a que pareciera, más que un ser humano, un alma del otro mundo.

—No irás a la policía —repitió lo que antes ya le dijera. Pero esta vez puntualizó—. Si fueras, por más vigilancia que te pusieran, también te mataría. A la primera oportunidad, te saldría al paso y sería inflexible… Así que, si aceptas, ha de ser bajo estas inalterables y tajantes condiciones.

—Sí, cuente con eso —aceptó—. Pero…, pero…

—¡Qué peros sacas ahora! —barbotó.

—No, no, ningún pero… Simplemente quería preguntarle… ¿con quién me debo casar? No me lo ha dicho aún…

El siniestro hombre, de voz de ultratumba, de rostro cubierto, de ojos de color de sangre, con dos crímenes horribles y espeluznantes en su haber, respondió:

—Con la persona que yo más quiero en este mundo.

Esto no aclaraba nada.

Pero la total aclaración no tardó en llegar.

—Me refiero a… Michael Freeman.

—Pero…, pero… —temblaba la voz de Audrey—. Si yo le gusto a usted… Que me pida que me case con otro… No termino de entenderlo… No tiene sentido…

—A mí me gustan, me incitan todas las mujeres guapas… Pero para ultrajarlas o matarlas, cualquiera me sirve… Sin embargo, Michael Freeman sólo quiere de verdad a una, a ti…

* * *

Antes de separarse de ella, el maníaco le había dicho:

—Estate quieta unos diez minutos. Luego coge la linterna, oriéntate y busca la salida. Hazlo todo sin que nadie repare en ti.

—Sí, sí… —acató una vez más.

—Y no olvides cuanto te he dicho. Recuerda que te juegas la vida.

Audrey consiguió salir de aquel lugar, aunque tras apuros y agobios sin fin. Dio más de un traspiés y más de una vez cayó de bruces.

Pero consiguió salir sin que nadie la viera.

Todo, a este respecto, fue bien.

Pero al llegar a su apartamento, se estremecía de continuo y sentía incontables escalofríos. La frente le ardía. Le ardía como si fuera una brasa. Comprendió que debía tener mucha fiebre.

Se tomó dos aspirinas. Fue lo primero que hizo. Luego se desvistió, convirtió el sofá en cama y se acostó.

Pasó toda la noche sin dormir, casi sin atreverse a cerrar los ojos, dando sacudidas convulsas, teniendo que encender la luz en más de una ocasión porque se le antojaba que aquel hombre volvía a aparecer siniestramente ante ella.

Fue una noche inacabable, angustiosa, horrible, torturadora…

Una noche en la que, en medio de su fiebre, de su desazón, de su aún incontenible pavor, tomó una determinación: obedecer.

En todo.

Absolutamente en todo.

CAPÍTULO IV

Hacía rato que la muchacha esperaba que Michael Freeman saliera de su fábrica de muebles. Unos amplios pabellones donde trabajaban más de cincuenta obreros.

Frente a la puerta principal se hallaba detenido su coche, así que sabía que estaba allí. Sin duda, no tardaría en dejarse ver.

Y le esperaba para ir al encuentro de lo que era ya… inevitable para ella.

Pero el que llegó a su lado fue James Merrit, en su moto, con la que solía ir y volver del garaje, que era donde trabajaba desde jovencito.

Al ver a Audrey se había detenido, se había apeado y se había plantado ante ella con un gesto de evidente mal humor.

—Con que pasara por la gasolinera, ¿eh, preciosa? —Se engalló —. ¡Pues a mí no hay quien me tome el pelo, que te enteres! ¡Ni siquiera una chica tan atractiva como tú!

—Perdona, James.

—Ya sé que te has despedido. Me lo han dicho. También me han dicho que ahora no trabajas en nada… Desde luego, estás muy rara… Desde aquella noche que fui a verte y no quisiste abrirme… ¡En fin, me tiene sin cuidado! ¡Me hartan las mujeres que…!

—Perdona, James.

Él la cogió por un brazo, muy bruscamente.

—¿No sabes decir otra cosa? Por lo menos podrías darme una explicación, una disculpa… —y haciendo daño en su brazo—. Aunque sólo fuera porque te dije que te quería, pidiéndote que te casaras conmigo.

La miraba a ella. No terminaba de asimilar su semblante, que se mostraba inmutable, inanimado.

—Voy a casarme con Michael.

Lo dijo sin necesidad de más.

Sin darle más vueltas a la cuestión.

De una vez.

—¿Qué has dicho? —respingó James Merrit—. ¡No te creo! ¡No puedo creer que tengas tan mal gusto! ¡Si yo valgo veinte veces más que él! ¡Qué digo veinte, cien veces más!…

Había soltado su brazo. Había endurecido el rostro, ensombreciéndosele terriblemente la frente.

—Si que eres presuntuoso… ¿A qué se debe? ¿A que tú eres alto y buen mozo? En la vida no todo es eso… —pero el acento le salía sin matices, sin vida, sin alma, como si fuera agua que afluyera de un río muerto.

—¡Y todo por su dinero! —La menospreció—. ¡Debiera darte vergüenza! ¡Ojalá te salga todo mal y te arrepientas una y mil veces!

No quiso alargar la conversación, demasiado herido en su amor propio.

Audrey no acusó emoción ninguna. Le dejó ir tan tranquila. Ni siquiera se giró a mirarle. Estaba muy pálida y muy angustiada. Su problema era demasiado arduo, candente, para que pudiera darse el lujo de pensar en los demás.

Al poco llegaba Michael Freeman.

—¿Tú, Audrey? —Se sorprendió gratamente—. Francamente, esto sí que no me lo esperaba.

—Hola, Michael.

—Hola…

Él no se atrevió a decir nada más y quedó a la espera de que fuera la muchacha la que añadiera algo más.

—Estaba esperándote.

—¿A mí? —Se sorprendió de nuevo—. No puedo creerlo.

—Pues créelo, es la verdad.

—Después de lo del otro día…, francamente… —tartamudeó—, no… no me esperaba…

—Te declaraste a mí, ¿no es cierto? —Quiso sonreír, pero, por descontado, no lo logró. Lo suyo fue sólo una mueca—. ¿O es que ya te has arrepentido?

—Sabes de sobra que no —dijo Michael Freeman—, pero por tu reacción en seguida me di cuenta de que tu respuesta iba a ser no… Por eso no te he molestado ya más…

—¿Y por qué supones que mi respuesta va a ser no? Supones muy aprisa, ¿no te parece?

Brillaron ilusionados los ojos de Michael Freeman.

—No juegues con mis sentimientos, por favor —rogó—. Yo siento por ti un amor muy grande, Audrey. Sería cruel por tu parte…

—No soy cruel —dijo ella—. No juego tampoco con tus sentimientos. Yo sólo…, yo sólo correspondo a ellos… Por eso deseo decirte que sí, que quiero casarme contigo…

Hablaba sin alma, como un autómata. Pero Michael Freeman no reparó en nada. Su alegría era demasiado grande.

—¿De veras, Audrey? ¿A pesar de que tú eres tan atractiva, y de que te mereces un hombre que valga mucho más que yo?

—Quiero casarme contigo —repitió.

Unos minutos después, los dos estaban en el interior del coche.

Michael Freeman la besó.

Ella se dejó besar.

No supo si le agradaba o no aquel beso, porque el miedo seguía incrustado dentro de ella y estrangulaba despiadadamente cualquier otra sensación, por muy de distinta índole que ésta pudiera ser.

—Pero no puedo ser desleal ni traidor contigo, Audrey —dijo él, tras una breve pausa—; por lo que me veo en la precisión, en la obligación, de hablarte de los míos… Antes de que me aceptes de un modo definitivo, tienes que saber exactamente…

—Háblame —le animó ella.

O quiso animarle. En realidad, con su rostro serio, grave, pálido, desencajado, ella no podía facilitar explicación ninguna.

—Se trata de mi padre…

—¡Ah!, ¿tienes padre? —Pero ni sorpresa hubo en su acento, de tan frías e impersonales que salieron sus palabras—. Había oído decir que murió cuando tú eras muy pequeño.

—Sí, es cierto, murió… —No obstante, se apresuró a corregir—: Bueno, por lo menos le enterraron.

—¿Crees, acaso, que cuando le enterraron no estaba muerto del todo?

—Sí… —se lo confesó abiertamente—. Hay un sinfín de circunstancias, de hechos, que me inducen a suponer, a temer, que… que… —respiró hondo, lo necesitaba— que aún está… vivo.

—Explícamelo mejor.

—Es lo que estoy haciendo; por lo menos lo que estoy intentando. —Pasaba un mal rato y hasta el sonrojo le subía a la cara—. No puedo ocultarte lo que debes saber. Aunque quizá sean figuraciones mías. De fijo no lo sé…

—Te escucho, Michael.

—Verás, mi padre se casó con mi madre cuando él no había aún cumplido los veinte años y cuando mi madre apenas tenía diecisiete. Al poco nací yo. Pero entre ellos siempre fue todo mal. Según decía mi padre, a mi madre le gustaban demasiado los hombres, todos los hombres, menos él…, que era su marido, con quien sólo se casó por interés.

Se detuvo unos instantes para poder respirar más hondamente. Prosiguió al poco.

—Un día, un nefasto día, mi madre fue asesinada. No se encontró al culpable. Desde luego, aquel crimen resultó tan fuera de lo vulgar, que todos los que vieron a la víctima coincidieron en asegurar que jamás presenciaron algo tan horrendo… El asesino se ensañó tanto con ella, que la pobre acabó siendo sólo un montón de carne quemada, chamuscada… El asesino roció su cuerpo con gasolina y le prendió fuego. Pero antes… antes —casi gemía la voz de Michael Freeman—, con un afilado cuchillo, le amputó los senos…

—¡No! —exclamó Audrey, esta vez ya con alma y vida en sus venas, despertando de su letargo; de ese angustioso y acobardado letargo del que hasta entonces sólo había reaccionado como un autómata.

—Sí —dijo él, sofocado—. Exactas características a… ese maníaco asesino que ahora, actualmente, tiene en vilo a la policía de nuestra pequeña ciudad de Dressbold.

—Pero no puede ser tu padre —repuso Audrey—. ¿No me has dicho que a tu padre le enterraron?

—Sí, años más tarde de morir mi madre. Cuando se había casado con una viuda que a su vez tenía ya una hija… Es decir, cuando ya se había casado con la que hoy es mi madrastra… Con ella vivo en el caserón. Con ella y con su hija, Sally, mi hermanastra.

—Continúa, por favor. —Ya sentía interés, curiosidad, volvía a

ser ella misma.

—Tampoco le fue bien a mi padre en este nuevo matrimonio. Se obstinó en que su segunda esposa tampoco le quería, que prefería a los otros hombres… Esta vez sin razón, sin fundamento, pues yo puedo asegurarte que mi madrastra es una honrada y buena mujer. Supo quererle a él y también a mí, como si fuera verdaderamente su propio hijo. Pero mi padre no se daba cuenta de nada y le hacía la vida imposible… Hasta tal extremo que mi pobre madrastra acabó con la mente débil, insegura, desequilibrada…, para expresarlo con exactitud. Una mente que como mal menor divaga…

De nuevo se detuvo. Pero tenía que decirlo todo. Y cuanto antes acabara, mejor. Todo aquello resultaba muy violento.

—Cuando yo tendría unos diez años, mi padre se suicidó… Se colgó de un árbol. Mandó unas líneas a la policía, diciendo que se quitaba la vida porque no podía más con sus remordimientos. Había sido él quien mató a mi madre, y eso, a la larga, no podía soportarlo… Le enterramos al día siguiente, en el nicho de la familia. Yo era pequeño y casi no recuerdo sus facciones, pero siempre recordaré la horrible y sangrante cicatriz que la cuerda había hecho alrededor de su cuello. Pero no hace mucho —agregó Michael Freeman— fuimos al cementerio a cambiarle de lugar y… sus restos no estaban allí. Allí, en su ataúd, no había nada. Había desaparecido. Te estoy asustando, ¿verdad, Audrey?

—No —mintió.

—En fin, sólo me resta decirte, Audrey, que mientras mi madrastra viva yo no puedo dejarla sola… Ha sufrido ya demasiado… Abandonarla sería inducirla a sabiendas a un desequilibrio absoluto, quizá peligroso. Debo ampararla. Es mi obligación.

—Lo comprendo.

—¿Aún quieres casarte conmigo? Puedes cambiar de parecer si quieres. Aún estás a tiempo.

—Quiero casarme contigo, Michael.

* * *

—Mañana iremos juntos a mi casa, ¿te parece, Audrey? Deseo

que mi madrastra te conozca y que también te conozca Sally, mi hermanastra. Sólo te pido… —la miró con cariño, con amor— que seas tolerante.

—Pondré mi mejor voluntad.

Pero Audrey estaba dispuesta a poner de su parte algo más que buena voluntad.

Se había hecho el firme propósito de averiguar qué había de verdad en todo aquello…

Seguía asustada, temerosa. Tanto como pudiera estarlo antes. No, tanto ya no… Por eso estaba dispuesta a investigar por su cuenta y riesgo… ¡Y qué riesgo, si las cosas no le salían bien!

¿Podía ser realmente el padre de Michael Freeman ese maníaco que llevaba cometidos dos espeluznantes crímenes y que a ella le había perdonado la vida bajo la promesa de que se casaría con «la persona que él más quería en este mundo»?

Todo parecía encajar.

Todo parecía indicar que sí.

Pero no podía sentenciar a la ligera.

Se limitaría, en principio, a portarse normalmente. Pero tendría los ojos bien abiertos.

No podía dar un solo paso en falso. Se jugaba mucho. Demasiado. Se lo jugaba todo…

«Quizá —reflexionó Audrey— la solución esté en ese cuarto oscuro…, situado en el ático del caserón… Algún misterio habrá allí cuando nadie puede entrar. Pero yo entraré —se dijo, aunque en medio de temblores—. Antes o después, lo haré…».

CAPÍTULO V

Audrey experimentó algo muy parecido a lo que, según le dijo el secretario de la familia Freeman, Adrian Carter, él sentía cada vez que pisaba el suelo del caserón. Sí, ella también presintió que allí dentro había algo… escalofriante.

Pero Audrey sonrió, para ponerse a tono con las circunstancias.

Desde luego, todo allí resultaba triste, apagado y antiguo. Muebles, cortinajes, lámparas, nada contribuía a que uno pudiera mirar con agrado a su alrededor.

Todo estaba aparejado, acorde, para hundir el ánimo, para achicar el corazón, para encoger el espíritu.

Allí parecía que sólo pudiera respirarse a medias.

Era una sensación agobiante.

—Es Audrey, madre. Ya te he hablado de ella. Vamos a casarnos pronto.

Aquella mujer tendría unos cuarenta y ocho años, pero era como si tuviera veinte más. El solo hecho de mirarla hacía sentir piedad hacia ella.

Incontables y profundas arrugas llenaban su rostro en todas direcciones, cruzándose y entrecruzándose; tanto es así que su rostro era como una máscara.

Máscara grotesca, enmarcada por un cabello blanco, descuidadamente peinado. Su mirada resultaba alejada, perdida.

—Eres muy guapa. —La madrastra no sonrió.

Ni siquiera lo intentó. No sabía ya sonreír. Hacía tantos años que lloraba, que gemía, que se desesperaba, que ya no acertaba a saber lo que era una sonrisa.

En un diccionario hubiera podido leer la definición exacta de la palabra.

De no ser así, ni idea ya de lo que una sonrisa podía significar.

Y no sólo por ella misma, sino también por Sally, su hija. Una

muchacha alta, muy delgada, delgadísima.

Tendría unos veinticinco años; aproximadamente, la misma edad de Michael. Pero era como si el luto que llevaba y la tragedia que se leía en sus ojos la hubieran hundido para siempre en la desolación.

Con los años sería igual que su madre. Una copia exacta. Una lamentable y estremecedora copia.

—Me alegro de conocerte —dijo Sally.

Le brillaron un tanto los ojos, y Audrey se dijo que parecía haberlo dicho sintiéndolo muy hondamente. Quizá como si, para ella, significara una auténtica liberación el poder dialogar con alguien más que con los habituales de la casa.

Estuvieron un rato juntos. Aunque no mucho. Las dos mujeres apenas hablaban. Con ellas costaba enormemente sostener una conversación, por más buena voluntad que se pusiera.

—Voy a enseñarte la casa… —dijo Michael Freeman.

Pero en aquel momento llamaron por teléfono desde la fábrica de muebles, y Michael tuvo que dirigirse al despacho y ponerse al aparato. Adrian Carter aún no había llegado.

—Puedo enseñarle la casa yo… —repuso Sally—. ¿Me permites hacerlo, Michael?

—Claro que sí —respondió éste—. Yo, desgraciadamente, tengo por lo menos para un cuarto de hora. Discúlpame, Audrey.

—No te preocupes.

La muchacha se alegró de que fuera Sally quien la acompañase.

Con ella todo podía resultarle más sencillo, más fácil. Incluso el diálogo. Pues aunque Sally hablaba poco, ella intentaría con todos los medios sonsacarle un máximo de información.

Pero Audrey no sabía por dónde empezar. ¿Qué podía preguntarle, si en realidad no sabía exactamente qué era lo que Sally sabía?

En la planta baja del caserón estaba el comedor y el salón, ambas estancias con chimeneas, y el despacho de Michael Freeman, que normalmente era también el de su secretario, Adrian Carter.

En el piso estaban los dormitorios.

Luego estaba el ático…

Allí había una estancia en la que Sally solía pintar. No lo hacía muy bien, pero tampoco mal, y desde luego le servía de distracción. Era su única distracción. Ella nunca salía del caserón.

—¿Y por qué no sales, Sally? —le preguntó.

—Aquí estoy bien.

—¿No tienes novio?

—No…

—Claro, si no sales, si no te relacionas, no es de extrañar. Debieras, hazme caso…

—No quiero tener novio —la interrumpió.

—Pero a tu edad…

—¡No, no quiero! —exclamó.

Se echó a llorar. De un modo incontenido, brusco, y también inesperado. Demostrando que en su interior se revolvían sentimientos agitados y tumultuosos.

—No llores… —dijo Audrey. Y aprovechó la ocasión—. Si puedo ayudarte en algo… Si algo puedo hacer por ti… Si es así, dímelo sinceramente y…

Se quedó mirando a Audrey. Insistentemente. Queriendo, sin duda, leer muy dentro de ella. Taladrándola con su fijeza.

—¿Te ha explicado Michael lo de su padre? —Terminó preguntándole—. Supongo que sí. Vas a ser su esposa.

—Sí, me lo ha contado. Pero tal vez… —intentó poner cara de inofensiva— me quedan cosas por saber… Cuéntamelas tú, Sally… Es mejor que lo sepa todo, ¿no crees? A Michael le resulta más violento hablar de ello, es lógico… Yo me hago cargo, lo comprendo perfectamente… Por eso no he insistido sobre el tema… De todos modos, si tú te sinceraras conmigo, yo te lo agradecería…

—Es todo demasiado horrible —musitó Sally—. ¡Pero si sus restos no han aparecido, si dentro de su ataúd no había nada, y si las dos muchachas han muerto de idéntica forma a como su madre fue asesinada, da la sensación…! ¡Oh, no sé lo que me digo!

—Cálmate, por favor.

—Además, está Skelton… Cada vez que le veo se me pone la carne de gallina —y ahora se estremeció.

—¿Quién es Skelton? —preguntó Audrey.

—Detrás del caserón tenemos un jardín muy hermoso, ¿no lo has visto?

Audrey denegó.

—Luego te lo enseñaré. Es lo único alegre y risueño de esta casa. Pues Skelton es el jardinero.

—¿Y qué pasa con él? —preguntó de nuevo.

Lo preguntó con rapidez, temerosa de que Michael pudiera regresar, quedándose ella sin saber aquello.

—Es el jardinero —volvió a decir. Y añadió—: Un hombre que llegó a nuestra casa hace… cosa de tres meses, o poco más. Aproximadamente, la misma fecha en que… han empezado esos crímenes…

Bajó la voz. La hizo casi inaudible.

Audrey tuvo que agudizar el oído para no perderse aquellas palabras.

—Pero ¿cómo se te ocurre relacionar…? Sin duda es debido a algo. A la ligera no creo que lo hagas.

—Mi madre quiso emplearle —dijo Sally— y yo le pregunté el porqué de su empeño. Un empeño que me sorprendía, pues es un hombre rudo, desagradable… Y mi madre, que sólo razona a medias, a veces ni eso, me respondió: «Se parece mucho al padre de Michael».

—Sin embargo —Audrey quería aclarar, puntualizar—, tu madre debe saber exactamente si es o no es él, ¿no es cierto?

—Han pasado muchos años. Puede serlo y ella no haberle reconocido. Puede haberle reconocido y no querer decírnoslo a nosotros… Su mente va tan a la deriva, se desequilibra tan a menudo… Han sido demasiados sufrimientos…

—Pero tratándose de una cosa así… Yo creo que preguntándoselo abiertamente…

—Ya se lo he preguntado. No contesta. Se cierra en sí misma. No hay nada que hacer. De todos modos, algún día sabré si es él. De serlo, tiene que tener una cicatriz alrededor de todo su cuello… La cicatriz que le dejó la cuerda con que se ahorcó…

—Sí, es cierto —asintió Audrey, pero mientras pensaba para sí: «Y si tiene un lunar negro, irregular, en el brazo, también es él».

—Bueno, sigamos adelante —se impacientó de pronto Sally—, no vayan a darse cuenta de que estamos hablando tanto. Aquí hay otra habitación; no es muy grande… Nos sirve para guardar utensilios, herramientas… Las que se necesitan para arreglar el jardín… Las precisas para revisar o reparar el coche de Michael… Y en fin, aquí ya está todo visto…

—Todo, no —dijo Audrey, con naturalidad—. Aquí, a la

derecha, hay otro cuarto…

Sally se inmovilizó.

—En este cuarto —había tartamudeado— no… no hay nada que valga la pena. Es un cuarto oscuro, en el que únicamente guardamos muebles viejos.

—Enséñamelo… —le animó ella—. La puerta está entornada…

—¡No! —Pero la miró fijamente, muy fijamente, como ya lo había hecho antes, y finalmente se decidió a confesarle—: Mi madre nos tiene terminantemente prohibido entrar. Un día quiso hacerlo Adrian Carter, el secretario de Michael, y mi madre cogió un hacha e intentó matarle. Luego… luego…, ni recordaba haberlo hecho. Con lágrimas en los ojos le pidió que la disculpara… Desde entonces, nadie se ha atrevido a poner los pies aquí… Por no disgustar a mi madre y también un poco por miedo…

—¿Miedo a tu madre —preguntó Audrey— o a lo que puede haber en ese cuarto oscuro?

—Más miedo a esto último —confesó—. Bueno, bajemos ya. Y por favor, Audrey, no digas a nadie de lo que hemos hablado. Ni siquiera a Michael. Le preocuparías innecesariamente con mis *ridículos* temores —recalcó la palabra—. Sí, bien mirado, me consta que son ridículos…

—No te preocupes, Sally —le sonreía—. Lo hablado quedará entre tú y yo.

* * *

Cuando llegaron abajo, Michael Freeman aún hablaba por teléfono. Pero ya estaba acabando. Se despedía.

Por su parte, Adrian Carter llegaba en aquellos momentos. Se había retrasado debido a ciertas complicaciones surgidas con el abogado de la familia. Complicaciones que, afortunadamente, habían sido resueltas.

—Contigo estoy tranquilo —dijo Michael, dándole amistosamente unas palmadas en la espalda. Y bromeó—: Eres todo un señor secretario. A propósito, voy a presentarte a mi futura esposa.

Antes de volverse, Adrian Carter ya sabía que era a Audrey a

quien iba a ver. Así que, al verla, no se sorprendió en absoluto. Tampoco exteriorizó la menor contrariedad.

Por lo menos de momento, mientras Michael Freeman estaba delante y podía verle, y sacar sus propias conclusiones. Algo que no le interesaba que hiciera.

Luego, cuando casualmente quedó a solas con Audrey, fue distinto.

—Has hecho la mayor tontería de tu vida —le dijo—. ¿De qué te han servido mis advertencias?

—De nada —contestó ella—. Ya lo ve. De todos modos, se las agradezco igualmente.

—No tienes idea de dónde te has metido —masculló, entre dientes.

—Tanto como no tener idea… —repuso ella—. Usted ya me puso sobre aviso.

—Entonces, si estabas sobre aviso, ¿por qué has cometido este disparate? Puedes llegar a arrepentirte muy en serio.

—Es posible.

—Te noto extraña, y haces mala cara. ¿Te ha pasado algo? —Quieras que no, demostraba un vivo interés por ella—. Si en mi mano está ayudarte, cuenta incondicionalmente conmigo.

—No necesito ayuda, gracias.

—De todos modos, procuraré estar pendiente de ti.

Durante el resto del día, ya fuera del caserón, la muchacha no hizo otra cosa que analizar todos y cada uno de los instantes vividos allí.

Y aunque forjó un sinfín de conjeturas inquietantes, de estremecedoras suposiciones, y de hipótesis que de horribles lo tenían todo, sólo en realidad llegó a un punto concreto.

A una clara conclusión.

Si la madrastra cogió el hacha y pretendió matar a Adrian Carter porque quería entrar en el cuarto oscuro, lo mismo que pudo haber querido matar a cualquier otra persona; si lo hizo así era porque, en medio de sus divagaciones, de su desvarío, de su desequilibrio mental, aquella mujer sabía algo…

¡Algo que no podía decir a nadie!

CAPÍTULO VI

Audrey iba a menudo al caserón.

Les visitaba de un modo natural, desenvuelto, amistoso, siempre con la sonrisa en los labios.

Pero en ella seguía siendo una obsesión, una idea fija, el averiguar el misterio que encerraba celosamente aquella casa. Misterio relacionado, qué duda cabe, con el asesino maníaco.

No había ido a la policía. Ni pensaba hacerlo. Por lo menos mientras no supiera de fijo quién era aquel hombre y mientras, en consecuencia, no pudiera facilitarles su inmediata detención.

Sabía lo que arriesgaba queriendo saber más de la cuenta. Pero había llegado a un extremo en que comprendía que no podía vivir siempre de aquel modo, siempre sintiendo a su lado, casi palpable, la sombra tenebrosa y maquiavélica de aquel asesino.

Debía intentar quedar suelta, libre, del poder malévolo y perverso que la maniataba a los personajes que vivían bajo el techo del caserón.

Contra Michael Freeman no tenía nada. Siempre se portaba bien. Incluso, a veces, le preguntaba:

—¿De veras no estás arrepentida? Si lo estás, dímelo…

Ella decía que no. Le sonreía. Pero tampoco estaba a gusto a su lado, pues el solo hecho de que el maníaco le hubiera obligado a aceptarle le impedía ya mirarle de buena manera. Era la suya una reacción inevitable a la que por descontado no podía sustraerse.

Aún no había conocido al jardinero.

Le había visto en dos o tres ocasiones, pero de lejos.

Ella quería verle de cerca.

Pero buscaba el momento oportuno. No quería precipitarse. Hacerlo hubiera sido una insensata y descabellada temeridad. Posiblemente de consecuencias fatales.

Sin embargo, aquella misma tarde iba a tener esa deseada

oportunidad. Se le iba a poner por delante del modo más sencillo.

La madrastra de Michael había de decirle:

—¿Quieres hacerme un favor, si no es molestia para ti? Sal al jardín y dile a Skelton que arregle el parterre de la derecha. Lo tiene muy descuidado.

—Ahora mismo voy a decírselo. —Se había levantado con presteza de su asiento—. No, no es ninguna molestia.

Dejó el salón, y luego de pasar ante el despacho, a través de cuya puerta entreabierta vio escribiendo a Adrian Carter, salió al jardín.

—¡Skelton! —llamó la muchacha.

El hombre se acercó a ella. Era alto, fuerte y tendría unos cincuenta años, o posiblemente algunos menos. Su aspecto era rudo, desagradable.

—¿Qué desea? —preguntó, sin excesivos miramientos.

Audrey le miró con atención, con disimulada atención. Pero no pudo sacar ninguna conclusión. Por más que quiso, no pudo. El rostro de aquel hombre no le decía nada, le resultaba inescrutable.

—La señora desea que le arregle el parterre de la derecha.

—¿Otra vez? —El hombre hizo un gesto de fastidio—. ¡Pero si estos días no estoy haciendo otra cosa! ¡La señora está como una cabra!

—Tenga un poco más de respeto —le amonestó Audrey—. Usted no es quién para…

—Ya lo sé —admitió, encogiéndose de hombros con gesto displicente—. Aquí sólo soy el jardinero. Bueno, por lo menos esto es lo que todos se suponen… Pero lo cierto es que la señora me trata muy bien… Siempre da vueltas a lo mismo: que si el parterre no está bien arreglado, que si lo tengo descuidado… Pero quitado eso, me trata casi como si fuera el dueño de la casa… No, no me puedo quejar…

—Si usted lo dice…

—Ordena a las criadas que me den los mejores platos, que mis colchones sean de pura lana, que no me falte buena ropa… Sí, he encontrado una ganga…

Audrey no podía ver si en su brazo había o no un lunar. Hacía frío y llevaba puesta una cazadora de pana.

Tampoco podía ver si había en su cuello una circundante

cicatriz. Llevaba jersey de lana, de cuello alto.

—Mejor que esté contento con su empleo —comentó Audrey, y seguidamente se separó de él.

De nuevo junto a la madrastra de Michael, la muchacha le dijo que ya había cumplimentado su encargo.

—¿Qué ha respondido Skelton? —preguntó, pero su mirada era alejada, perdida, como a menudo solía ser habitual en ella.

—Que lo hará —se limitó a decir Audrey.

—Le trato bien… —comentó, y las llamas de la chimenea, huidizas, danzantes, parecían burlarse y tomarse a broma sus palabras— para que no vuelva a irse… Sería capaz de hacerlo… Siempre ha sido cruel, muy cruel conmigo.

—¿Siempre? —preguntó Audrey.

—Sí —murmuró—. Nunca supo valorar mi cariño, mi amor. Así que ahora hago el ver como si no le hubiera reconocido… Creo que éste es el mejor modo de retenerle…

—No la entiendo, señora. —Y queriendo sonsacarle—: ¿De quién me está hablando?

—De Skelton —dijo. Y añadió—: Pero el pobre, en realidad, está muerto… Ha vuelto del otro mundo… Del Más Allá… No, no debo ser dura con él…

—¿Que Skelton está muerto? —inquirió Audrey, con un desagradable escalofrío.

—Sí, murió colgado de una soga. Él mismo se ahorcó. Desde entonces han transcurrido ya quince años. ¿Qué habrá hecho durante tanto tiempo? ¡Ah, sí, claro: estar muerto!… Pero ha vuelto del cielo, no, del cielo no, del infierno, de los abismos del infierno… Ha vuelto y ahora está aquí… Cree que no le he reconocido… Cree que estoy medio loca… Pero para esto no lo estoy… Sé quién es… Ha vuelto del otro mundo, adonde llegó desde su ataúd…

—¡Señora Freeman! —exclamó, sin acertar a contenerse.

Y su exclamación, más alta de lo conveniente, le hizo volver en sí. Le hizo retomar de ese mundo de desequilibrio, de alucinaciones, en que al parecer tan a menudo solía sumergirse su mente.

—¿Cómo? —preguntó, parpadeando, como quien recibe de pronto demasiada luz en las pupilas—. ¿Decías algo, Audrey?…

—No, nada —respondió la muchacha.

—¿Y Michael? —se interesó—. ¿Aún no está aquí? Debe tener

mucho cuidado. No te enfades con él por eso. Michael te quiere mucho.

Audrey sacudió la cabeza y se alejó de la chimenea, y al poco del salón.

Sally entraba en aquel momento, con una labor de ganchillo en las manos.

Miró a su madre y suspiró.

Audrey se cruzó con ella en silencio y siguió adelante hasta el despacho. Allí estaba Adrian Carter.

—Me alegro de que vengas —se levantó gentilmente al verla entrar en la habitación.

—¿Qué tal, señor Carter? —saludó ella.

—Sigues viniendo por aquí, ya te veo… Eres una chica decidida, de esto no cabe la menor duda. Otra hubiera ya emprendido el vuelo.

—Quizá no sea tan decidida como usted se supone. Pero sí, señor Carter, sigo viniendo por aquí.

—Hay que reconocer que por el momento no te va mal. Y yo, sinceramente, me congratulo de ello.

—¿Por qué iba a irme mal?

—Porque podía dejar de irte bien.

—Me responde muy enigmáticamente.

—Temo por ti, Audrey —le confesó—, aunque no sé en qué se cifra exactamente mi temor. Es como si presintiera que algo, aquí dentro, no marcha bien.

—El cerebro de la dueña de la casa, por descontado que no.

—Si sólo fuera eso… En fin, me alegro de verte… ¿Quieres un cigarrillo?

—Sí, gracias. Mientras espero a Michael…

—No creo que tarde —abrió la pitillera, ofreciéndosela a la muchacha.

Luego le ofreció fuego.

Con un encendedor de color rojo.

* * *

Ya de regreso, Michael Freeman la llevó en el coche hasta su

pequeño apartamento.

—Te agradezco la atención que tienes de ir a menudo a mi casa —le dijo, poco antes de separarse—. Sé que no es grato para ti.

—Van a ser mi familia, ¿no?

—Pero mi madrastra está cada día peor. En cuanto a Sally… —pero no concluyó la frase—. Bueno, gracias por ser tan comprensiva y tolerante con todos.

Ya iba a entrar en su piso, cuando Audrey recordó que se había olvidado de comprar dos o tres cosas en el supermercado.

Volvió a bajar.

Fue entonces cuando se encontró con James Merrit. Joven, alto, buen tipo. Su apariencia no podía ser mejor.

—¿Estás enfadada conmigo, Audrey? —le preguntó.

—No. ¿Por qué iba a estarlo? —Fingió no recordar el último encuentro.

—Deseé que todo te saliera mal y que te arrepintieras una y mil veces. Fue un arrebato. ¿Sabes, Audrey? Yo te deseo lo mejor del mundo. Aunque no sea a mi lado.

—Gracias… —le miró con agrado, con simpatía.

Con más simpatía y agrado que nunca.

—El viernes por la tarde iré al caserón… ¿Te lo ha dicho Michael? ¿No? Pues sí, voy a ir a hacerle un repaso al coche. No le pasa nada, pero aun así tu novio quiere que se lo repase a conciencia. —Y agregó—: Bueno, él siempre quiere que cada dos por tres le eche una buena ojeada.

—Me alegraré de verte por allí.

—Sí, espero que nos veamos… Yo estaré en el garaje, claro, y tú dentro de la casa… Pero como las herramientas, los utensilios, están en el ático, pues como siempre tendré que pasar por el interior… Sí, espero verte, Audrey…

—¡Ah, sí, claro! Las herramientas están en el ático, junto a ese cuarto oscuro… —Le miró con atención—. ¿Has entrado tú alguna vez allí?

—Sí —dijo, sin darle importancia—. No hace mucho entré. Me equivoqué de puerta. No hay nada de particular. Sólo muebles viejos y destartalados.

—¿Alguien te vio entrar? —preguntó ella.

—No, nadie. ¿Por qué? ¿Tiene eso mucha importancia?

—Presumo que no.

—Me tienen confianza. Se fían por completo de mí. Hace ya cuatro años que voy por allí.

—¿Qué opinas de ellos?

—¿De Michael?

—No, de los demás —puntualizó.

—La madrastra es una pobre e infeliz mujer, y en cuanto a Sally… —pero no concluyó la frase, igual que había hecho hacía poco el propio Michael Freeman.

Pero en esta ocasión, Audrey apremió:

—En cuanto a Sally, ¿qué?

—He oído decir que por las noches se escapa de su casa. Que la espera un hombre. Que regresa sin que nadie se haya dado cuenta de sus salidas.

—No lo creo… —murmuró Audrey.

—Yo no sé nada. Me lo han dicho. Aseguran que esas relaciones duran ya hace más de tres meses.

CAPÍTULO VII

La oscuridad era intensa, cerrada. El cielo se hallaba encapotado. Había empezado a llover.

La silueta del caserón se perdía entre aquellas intensas sombras, sobre la leve colina.

No había iluminación en sus ventanas. En ninguna de ellas.

Todos sus ocupantes debían estar durmiendo, pues era ya más de medianoche. Por lo menos esto era lo más natural, sencillo y lógico de suponer.

Sin embargo, alguien en la casa estaba despierto.

Y acababa de salir de su dormitorio, con pasos medidos, sigilosos, para que no se oyeran.

Esta persona, tras permanecer unos instantes inmóvil, agudizando el oído para asegurarse de que los demás reposaban en sus respectivas habitaciones, siguió adelante por el pasillo.

Al llegar a la escalera, la enfocó hacia arriba, hacia el ático. Lentamente, con prudencia, pero sabiendo bien adónde iba y por qué iba.

Fue directamente hacia el cuarto oscuro…

Antes de entreabrir la puerta, vaciló, dudó. Pero no mucho. Sólo unos breves instantes.

Como si se lo hubiera estado pensando mejor.

Pero se lo tenía ya bien pensado.

No iba a volverse atrás.

Debía llevar a cabo lo que se llevaba en la cabeza.

Abrió la puerta, pues, y entró… Y allí dentro estuvo bastante rato. Tuvo que estarlo. No le quedó otro remedio. Iba a encontrar algo y debía dar con esa cosa…

Finalmente, salió.

Al poco, lo hacía asimismo del caserón.

Se había puesto un impermeable, con capucha, para protegerse

de la lluvia.

La noche era tan oscura, tan desapacible, que Sally, pues era ella, se estremeció al encontrarse allí fuera, a la intemperie, teniendo que descender la colina por el sendero particular, que finalmente desembocaba en la carretera.

Veía abajo, a lo lejos, las luces de la pequeña ciudad de Dressbold. Era lo único en que había vida. En el resto, todo parecía muerto.

Pero Sally sabía que a medio camino, un poco más allá del bosque de abetos, le esperaba un hombre. Alguien que sentimentalmente lo significaba todo para ella.

Por eso no vacilaba en seguir adelante.

Además, aquella noche sentía más ansia y más anhelo que nunca en encontrarse entre sus brazos. Iba a decirle lo que había averiguado…

Sí, ella había averiguado quién era el asesino de las dos muchachas. Estaba segura. Ya no dudaba. Ya no podía dudar.

Aún le faltaba mucho para llegar al bosque de abetos. ¡Qué largo se le hacía el camino! Parecía no tener fin.

De pronto, un grito horrible, estentóreo, se escapó desgarradoramente de su garganta.

La silueta de un ser humano se le había puesto por delante. Y esta silueta era la del maníaco asesino, que aquella noche no llevaba su sombrero negro, ni su pañuelo tapándole el rostro, ni las microlentillas, que hacían diabólicamente rojos sus ojos…

Pero Sally sabía que se trataba de él. De que era el mismo. Lo había averiguado al entrar en el cuarto oscuro.

Lo peor era que el asesino sabía que ella ya no ignoraba aquello. Y esto era lo más lamentable y horrible que a Sally podía sucederle.

Era su sentencia.

Estaba convencida de ello.

Por eso gritó con horror.

—¿Por qué gritas así? —le preguntó él.

—Me has asustado… —y se había puesto a temblar como una condenada.

Como una condenada a muerte, que es en realidad lo que ella era.

—Muchas veces me has visto y nunca te he asustado.

—Ahora es de noche y no sabía que fueras tú…

—No quieras engañarme, Sally. —Y agregó—: Lo lamento por ti, pero no volverás a reunirte con ese hombre. De aquí no vas a pasar.

—¿Qué quieres decir? —Y temblaba cada vez más.

—Lo sabes de sobra. Voy a matarte. No quiero que nadie sepa mi secreto. ¡Es sólo mío!

Ya no tenía salida.

Ya no tenía escapatoria.

Él estaba muy cerca, presto a sujetarla al primer gesto que ella pudiera hacer intentando huir.

—¿Vas a matarme igual que a las otras? —preguntó.

En medio de un miedo espantoso, tuvo la macabra curiosidad de saber… De saber si su fin iba a ser idéntico al de las otras.

—No —contestó el asesino—, contigo tendré más consideraciones. Una cuchillada en el corazón y esto será todo.

Sacó el cuchillo.

Lo empuñó con fuerza.

Sally cayó de rodillas sobre un charco, implorando:

—¡No hagas esto conmigo! —Sollozaba espantada, horrorizada, pero convencida de que sus súplicas no iban a servirle de nada.

Acertó. No le sirvieron absolutamente de nada.

El cuchillo fue implacable.

* * *

A la mañana siguiente, Audrey se enteró en seguida de lo que había sucedido.

James Merrit cogió su moto y fue directamente a su apartamento a decírselo.

—¡No es posible!

—Sí, lo es —ratificó la mala noticia—. Sally ha sido vilmente asesinada.

—Pero ¿se trata del mismo maníaco?… —preguntó ella, mientras se ceñía mejor la bata, pues se le había aflojado y el pecho se le veía, y la mirada de James no se perdía la ocasión—. ¿De qué forma ha muerto?

—De una cuchillada en pleno corazón. Un golpe seco, certero,

mortal de necesidad.

—Entonces, no debe tratarse del mismo…

—Sí, se trata del mismo.

—¿Cómo se sabe? —inquirió. Y con cierta esperanza—: ¿Acaso le han detenido?

—No.

—¿Entonces…?

—Ha dejado escrito un papel. Pero precavido, cauteloso, lo ha escrito con la mano izquierda. Esta circunstancia, pues, no aporta ningún dato, ninguna pista a la policía.

—Pero ¿qué dice ese papel?

—Unas palabras irónicas, mordaces, maquiavélicas: «A Sally no he podido amputarle los senos. Es lisa como una tabla».

—¡Es monstruoso! —Se horrorizó Audrey.

—Y la policía —dijo James Merrit— no lleva camino de averiguar nada. Se halla desorientada. ¡Si yo sospechara algo! ¿Quién demonios podrá ser ese hombre?

Audrey se repuso de la impresión recibida. Estaba ya tan hecha a los sobresaltos terribles, que cada vez los superaba con mayor facilidad.

—¿Quieres llevarme al caserón en tu moto, James? Ya que has sido tan amable de venir a informarme… ¡Imagínate cómo estará la madrastra de Michael! ¡Pobre mujer!

—Cuenta conmigo para lo que sea.

—En seguida me visto.

La bata se había vuelto a aflojar y James Merrit volvió a mirar hacia la atractiva y tentadora delantera de la muchacha.

—Oye, Audrey —le dijo esta vez—. ¿Sabes una cosa? Cada día me gustas más. No me resigno a perderte.

—¿Tú crees que es éste un momento como para hacerme el amor? ¡Qué inoportuno eres, James!

—Es posible, Audrey. Pero te quiero y me duele enormemente que vayas a casarte con otro…

—Me voy a vestir —le cortó ella—. Espérame. En seguida estoy.

Con la moto, la llevó hasta el caserón.

Donde Audrey encontró a Michael llorando, a la madrastra inerte sobre el lecho y a Adrian Carter intentando encontrar palabras de consuelo para ambos.

Audrey no se cruzó con ninguna de las sirvientas. Pero sí con Skelton, el jardinero, que pasó a su lado silencioso, cabizbajo.

—Ha sido horrible —repuso Audrey—. No sé qué decirte, Michael… ¡Qué pena más honda siento!

Luego fue hacia el lecho de la madrastra. Se acercó, cogiéndole una mano entre las suyas.

La veía con los párpados abiertos. Con los ojos desorbitados. Con la boca crispada por el dolor, por la desesperación, por el espanto.

No la vio moverse. Como si ya estuviera muerta. Pero estaba viva. Trágicamente viva.

CAPÍTULO VIII

Habían transcurrido dos días.

La madrastra de Michael seguía igual, con los ojos abiertos, fijos, con el mismo gesto horrible en su boca.

No hablaba. No decía nada. No había vuelto a pronunciar una sola palabra.

Fue a visitarla el doctor.

—Cuando se le dice algo, lo oye —informó—. Su oído no sufre deficiencia alguna. Además, nada afecta a sus cuerdas vocales y nada, por tanto, le impide responder… Por lo visto, no desea hacerlo…

Audrey estaba cada día varias horas en el caserón. Le sabía mal no contribuir, no colaborar en esos momentos de dolor.

Pero su ánimo se hallaba electrizante, en violenta tensión, por más que intentara disimularlo. Sabía que a su alrededor, más cerca o más lejos, rondaba el asesino… Sabía que no le perdía de vista. Sabía demasiado, pues, para poder ser dueña de su propia serenidad.

Pero tampoco podía retroceder.

Desde luego, a Audrey se le hacía palpable la ausencia de Sally. Ahora que faltaba, le costaba poco darse cuenta de que su presencia tenía mucho de humana, de conmovedoramente humana. De no haber sido asesinada, Sally y ella hubieran acabado siendo muy buenas amigas.

Pero ¿por qué había sido asesinada? ¿Habría algún motivo en especial?

Audrey creía saber el motivo. Sally debió entrar en el cuarto oscuro…

Debió averiguar más de la cuenta.

El asesino lo había averiguado. Y las consecuencias fueron las ya sabidas…

Con estas reflexiones, Audrey pasó ante la puerta del despacho y vio a Adrian Carter, el cual, al reparar en ella, le hizo un gesto. Un gesto que la invitaba a entrar.

—¿Cómo se encuentra hoy?

Audrey sabía que se refería a la madrastra de Michael.

—Ahora vengo de su habitación. Sigue igual. No habla. No dice nada. Todo parece haber acabado para ella.

—¿Y Michael? —preguntó.

—En su dormitorio. Está contestando a unas cartas de pésame. Ha sido también un golpe muy duro para él.

—Sí, lo ha sido. Pero nada se puede hacer ya. A menos… —se detuvo y bajó la voz, como temeroso de que alguien pudiera oírle. ¿Alguien en concreto?—. A menos que intentemos…

—¿Qué podemos intentar? —preguntó la muchacha.

—Algo que tiene posibilidades de éxito. Quizá no muchas, pero sí algunas. Y aunque sean pocas, no podemos desestimarlas…

—Opino lo mismo que usted. Pero si no me lo explica más claro… —Pero de pronto, rectificó—: De todos modos, no, yo no quiero meterme abiertamente en nada. Quiero permanecer al margen… Me arriesgaría demasiado de no hacerlo así.

Y Audrey habló de este modo porque sabía que el sádico asesino podía ser… Adrian Carter. Como en realidad podía serlo cualquiera de los hombres que ella conocía.

Hubiera sido inadmisible, por tanto, caer en la trampa que el propio interesado le estuviera tendiendo.

Ella haría los imposibles por averiguar la verdad. Incluso estaba dispuesta, a la primera oportunidad, a entrar en el cuarto oscuro.

Pero lo que hiciera sería sin que nadie lo supiera. Al margen de cualquier aparente o problemática ayuda que alguien, quien fuera, pudiera brindarle.

—Tú podrías preguntarle si sabe quién mató a su hija —insistió Adrian Carter—. No sé, pero su actitud me hace suponer que no lo ignora…

—Ya se lo he dicho: no quiero mezclarme en esto. Ya ha intervenido la policía, ¿no es eso? Pues a ella le corresponde, no a mí, averiguar…

—Esperemos que lo averigüen a tiempo.

Pero a Audrey no le había parecido mala la idea. Bien mirado,

era aquélla una sugerencia que de desdeñable no tenía nada.

Por eso, cuando volvió al dormitorio de la madrastra de Michael, tomó las debidas precauciones.

Sí; esto, lo primero.

Y ya viendo cerrada la puerta, ya convencida de que nadie podía oírla, se acercó al lecho y dijo:

—Señora, está usted sufriendo mucho, horriblemente… Sí, la comprendo, ha perdido usted a su hija… Pero este sufrimiento que la desgarra, ¿no es por algo más?

Siguió sin mover un solo músculo, totalmente inmóvil, con los ojos desorbitados y la boca crispada.

Como si ya estuviera muerta…

Pero de sus ojos empezaron a salir lágrimas. Lágrimas continuas, silenciosas.

Entonces sí habló, aunque entre balbuceos.

—Dicen que estoy loca… Quizá lo esté… Sí, es muy probable que sea así… ¡He sufrido tanto!… No, no me atrevo a afirmar nada… No puedo ni quiero afirmar nada… Tal vez todo sean figuraciones mías… Siniestras y horribles figuraciones…

No volvió a pronunciar una sola palabra más.

Audrey había de insistir, pero sin ningún resultado. Aquellos labios quedaron ya inmóviles, nuevamente sellados.

—Intente dormir un poco, señora. ¿Quiere que le corra las cortinas? No, no creo que haga falta… Empieza ya a oscurecer…

Unos minutos después, volvía a salir del dormitorio, donde creyó poder hallar clara y definitiva respuesta a aquel horrible, angustioso y estremecedor interrogante.

Un interrogante que pendía sobre ella de forma intensa, agobiante, tanto que, sin poder evitarlo, a ratos le parecía que el corazón iba materialmente a estallarle.

Ya en el piso bajo, fue hacia el salón, maquinalmente, y entonces, a través de una de sus ventanas, vio a James Merrit. Se hallaba junto a la puerta del garaje.

Recordó que se lo había dicho. Tenía que ir el viernes por la tarde a repasar el coche de Michael.

Audrey sintió que respiraba más hondo. Como si la presencia del joven, alto y arrogante James Merrit proporcionara más oxígeno a sus pulmones.

Le dieron tentaciones de salir de la casa y de ir directamente a su encuentro. Pero no, no lo hizo. Pensó en Michael. Podía bajar de un momento a otro. Era preferible que la encontrara sola.

Pero fueron pasando los minutos, uno tras otro, lentos, lentísimos, y finalmente decidió ir a hablar con alguien. Aquel silencio opresivo ya no lo soportaba más.

Al cruzar ante el despacho, reparó en la puerta, que estaba cerrada. Algo que le sorprendió bastante, pues de ordinario Adrian Carter solía tenerla entreabierta.

Pero no tuvo necesidad de hacer conjeturas. Algo rojo asomaba por la parte baja de la puerta. ¡Era sangre!…

Trémula, pero decidida, Audrey hizo girar el manillar y abrió la puerta.

Se puso a gritar como una enajenada.

Porque enajenada tenía forzosamente que volverse si Dios no se apiadaba de ella.

Su capacidad de espanto, de horror, había llegado a su límite. ¡Ya no podía más! ¡Ya no podía más!

Por lo menos esto creía ella. ¿La realidad…? Que aún le faltaba mucho horror y mucho espanto por sentir. Hasta que sintiera que se desbordaba dentro de ella, haciéndola creer que aquello era fatalmente el final.

Pero eso sería luego.

Ahora…

Sobre la mesa del escritorio, con los brazos por delante, permanecía Adrian Carter… ¡Muerto!

Tenía dos cortes incisivos, profundos, en sus muñecas. De donde había fluido tanta sangre, que todos los escritos de encima de la mesa habían quedado enrojecidos.

Pero la sangre no se había conformado con eso, y como una cascada escalofriante y estremecedora, había caído de lo alto de la mesa y había llegado hasta la puerta.

Audrey seguía gritando.

—¿Qué te sucede?

Michael fue el primero en presentarse.

Instantes después lo hacía James Merrit, pálido, inquieto, sumamente desasosegado.

Seguidamente, compareció Skelton.

Todos se mostraron aterrorizados ante aquel horrible espectáculo.

—Se ha suicidado… —murmuró Skelton.

—No creo que se trate de eso —dijo James Merrit.

—¿Cabe, acaso, suponer otra cosa? —preguntó Michael Freeman—. Un nuevo crimen, no, por supuesto. Un asesino no va a cortar las venas a su víctima, así, por las buenas, y la víctima va a dejarle hacer, sin protestar… Absurdo suponer algo que no sea suicidio… Pero estamos impresionados, sugestionados por los hechos sucedidos con anterioridad… De todos modos, hay que avisar inmediatamente a la policía…

—Sí, hazlo —corroboró Audrey.

Michael se acercó al teléfono, marcando. Al poco comunicaba. Y entonces le oyeron decir:

—Sí, hay un muerto… Suicidio o lo que sea… Averiguarlo es cuestión de ustedes… Vengan ahora mismo… Sí, les llamo desde el caserón de la colina… Bien, de acuerdo… Quedamos a la espera…

Pero Audrey ya no se veía capaz de esperar a nadie, ni siquiera a la policía.

—Por favor, llévame a casa en tu moto —pidió a James Merrit—. No soporto ni un instante más todo esto.

—Es lo mejor que puedes hacer —opinó James Merrit.

—Audrey, por favor… —empezó a decir Michael.

—Lo lamento por ti —dijo Audrey—, pero ahora tengo que irme. Mis nervios están a punto de estallar.

—Anda, ven… —le animó James Merrit—. Yo ya me iba cuando te he oído gritar.

Momentos después, los dos se alejaban del caserón. En la moto. Por el sendero particular que desembocaba en la carretera.

Mientras, el cielo se encapotaba más y más… De un modo rápido, precipitado, casi violento.

Empezaron a caer las primeras gotas.

James Merrit paró la moto y galantemente se quitó la americana, para con ella proteger a la muchacha.

—Así no te mojarás, Audrey.

—No, no… —protestó ella—. ¿Y tú…? Si sólo llevas la cami…

Sólo llevaba la camisa. Y arremangada, porque había estado trabajando en el garaje.

A unos veinte centímetros de la muñeca, Audrey vio un lunar bastante grande, negro, de forma irregular…

* * *

—Lo de repasar el coche sólo ha sido una excusa —dijo James Merrit, mientras alzaba las manos y las ponía sobre los hombros femeninos—. Pero he venido por estar cerca de ti, por si acaso… Supongo que me lo agradeces…

—¡Oh, sí, James, claro que sí! —exclamó ella, pero de una forma agitada, histérica, que hacía comprender claramente que sucedía algo anormal.

Pero James Merrit creyó que su agitación se debía a lo que acababa de sucederle en el caserón; así que no le dio excesiva importancia.

—He pasado por el interior de la casa, cuando he ido hacia el ático, pero no te he visto… —siguió diciendo a la muchacha—. No sabía si volver a entrar… Entonces te he oído gritar…

Audrey se esforzaba por sonreír. Pero sentía tirantes, envarados, los músculos de sus labios. Seguro que sólo forzaba una mueca.

—Ahora, a mi lado —James Merrit sí sonreía—, estás a salvo… Completamente a salvo… Junto a mí, nada has de temer…

—Gracias, James… Gracias… —pero la voz apenas le salía—. Eres muy bueno conmigo… Te lo agradezco mucho… De todos modos, yo preferiría regresar al caserón…

—¿Regresar? —James Merrit hizo un gesto de asombro—. ¡Ahora sí que no te entiendo! ¿No estabas hace unos minutos ansiosa por salir? Oye, ¿por qué estás tan agitada, tan descompuesta? Lo estás ahora aún más que antes… Te tiemblan los hombros… Tiemblas toda tú…

Audrey tragó saliva. No quería demostrar lo que sabía. Si lo hacía sería la muerte para ella.

En cuanto James Merrit se sintiera descubierto, le faltaría tiempo para exterminar implacablemente su vida.

—Pienso que Michael no se merece lo que le he hecho… —acertó a articular, pero tartamudeando—. Por eso estoy… estoy tan… tan nerviosa…

—¿Qué le has hecho? —inquirió James Merrit—. ¡No le has hecho nada, que yo sepa! Dejarlo solo en el caserón, únicamente eso. Pues bien, yo opino que no sólo has hecho bien, sino que nunca debiste entrar allí.

—Si entré en el caserón fue porque tú… —pero aún llegó a tiempo de contener su respuesta, dando un giro distinto a su significado—, porque tú… no terminaste de conquistarme y pensé que junto a Michael todo en mi vida iría mejor.

—¡Pues ya lo has visto! En su casa la muerte entra y sale como una visita a la que no se le piden cumplidos.

Con gesto de mal humor, había retirado sus manos de los hombros de ella.

—No… no te falta la razón —asintió Audrey, pero seguía tartamudeando—. De todos modos, Michael no tiene la culpa de que tales hechos hayan sucedido… En consecuencia, creo que no…, que no me porto bien dejándole solo cuando más… más debe estar necesitado de mí…

—Pero, Audrey, ¿se puede saber lo que te pasa? —La miró con intensidad—. Tartamudeas como una tonta…

—Quizá lo sea —dijo ella—, pero, de veras, quisiera regresar. Si tú fueras tan amable y no te importase…

—¡Pues me importa! —se excitó—. ¿Cómo no va a importarme si de nuevo me estaba haciendo ilusiones contigo? ¿Sabes en lo que estaba pensando? ¿Quieres saberlo?

—Bueno —dijo ella, pero sin demasiado entusiasmo.

Tenía un miedo horrible a lo que él pudiera decirle. Pero debía asentir, y por eso lo había hecho. Se veía obligada a seguirle la corriente. Con la máxima naturalidad posible… Que no era mucha. Más hubiera querido que fuera.

—Pues estaba pensando —repuso James Merrit— en llevarte al bosque, a ese bosque de abetos que hay no muy lejos de aquí, y una vez a solas, entre la oscuridad…

—¡No! —exclamó ella, ahogadamente, sin poder contenerse.

—¿Por qué gritas así? —Se sorprendió James Merrit esta vez, a juzgar por su profundo entrecejo, recelando de la extraña actitud de la muchacha.

—No, no grito… —rectificó ella—. Simplemente, quería decirte que Michael es mi novio y que no estaría bien que tú y yo nos

fuéramos al bosque y allí, solos…

—Pues hubiera sido una buena idea, a pesar de que está lloviznando… Para una nueva declaración de amor encaja más un cielo tachonado de estrellas y la luna irradiando luz… Sin embargo, si fuéramos quizá no todo te pareciera tan mal… ¿Quieres que vayamos?

Su vez se hizo ardorosa, apasionada, mientras sus manos iban hacia el cuello de la muchacha, donde lentamente iniciaron una dulce y tierna caricia.

Pero Audrey se estremecía por momentos y daba uno y otro paso atrás, retrocediendo, no queriendo sentir aquel contacto.

—Quiero regresar al caserón —repitió—. Otro día, en otra ocasión, no te digo que no… Pero ahora deseo volver…

—¡Como quieras! —barbotó James Merrit—. No voy a insistir… Si mi solo contacto te pone así, comprendo que pocas esperanzas me quedan… ¡Pues te devuelvo a tu guapo y arrogante novio! ¡Que buen provecho te haga! ¡Sube a la moto!

Casi no se atrevía a creerlo.

Le parecía demasiada ganga.

Algo así a un milagro.

¿Habría oído mal?

No, no había oído mal. En absoluto. Y dentro de poco, si James Merrit no cambiaba de parecer, estaría a salvo. Completamente a salvo, protegida por Michael.

—Anda, sube…

No volvió a pronunciar palabra.

La dejó ante la puerta del caserón.

—Gracias, James… —y ella le devolvió la americana.

Él no le respondió.

Audrey penetró en la casa, con presteza. Buscaba a Michael, al que encontró en el salón. Corrió hacia él.

—¡Oh, Michael, qué mal me he portado contigo! ¿Me quieres perdonar?

—Claro, claro que sí —dijo él—. No te preocupes. Me hago cargo de todo.

—¡Si supieras lo que sé! —exclamó ella.

—¿Qué sabes? —preguntó Michael.

—Te lo diré en seguida —repuso Audrey—; en cuanto James

Merrit se haya ido… Espera, voy a ver por la ventana si aún está aquí…

Se acercó a una de las ventanas. Miró hacia fuera. Sí, James Merrit estaba aún allí. Pero ya se disponía a irse.

Audrey tenía la respiración cortada.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar Michael.

James Merrit estaba fuera, pero apenas a unos pocos metros de la ventana. Ella no quería hablar hasta verle lejos. No se atrevía.

Seguía mirándole…

Vio entonces cómo James Merrit se disponía a ponerse de nuevo la americana. Sin embargo, antes de así hacerlo reparó en su propio lunar…

Pero resultó insólita su reacción. Por lo menos a Audrey, de momento, se lo pareció.

James Merrit sacó su pañuelo, frotó el brazo y la mancha desapareció del todo.

Porque era sólo una mancha.

Audrey, obsesionada, había creído que era un lunar. Pero era una mancha, que sin duda se hizo en el garaje.

CAPÍTULO IX

—Bueno, ya se ha ido —dijo Michael—. Dime de una vez lo que sabes… A juzgar por tantas precauciones, la cosa parece muy importante.

Audrey se había quedado de una pieza.

—¿Qué es lo que sabes? —Se impacientó Michael.

—Pues sí…, pues sé… —a marchas forzadas, buscaba el modo de improvisar algo.

El modo de reaccionar convenientemente.

Pero no acertaba a decir nada razonable.

Estaba pensando, en medio de la mayor de las desesperaciones, que James Merrit no era el maníaco asesino. Ahora lo sabía de cierto, pues el lunar delatador no existía. A su lado, en su compañía, hubiera podido considerarse a salvo. Sin embargo, había confundido una mancha de aceite del garaje con el lunar del sádico criminal y… había vuelto estúpidamente al lugar peligroso.

Más que nunca presentía que lo era.

Y más que nunca se sentía sola.

—Te noto muy extraña —dijo Michael.

—Sí, sí, tienes razón —asintió ella—. Tanto crimen me está destrozando los nervios.

—Es comprensible. Pero, bueno, ¿qué es lo que sabes? ¿Vas a decírmelo o no?

—No, no es nada —contestó, pero de una forma verdaderamente absurda—. Te he hablado con tanto énfasis, que sin duda has supuesto algo extraordinario, pero no…

—En fin, en todo caso, ya hablaremos luego de lo que sea.

Audrey respiró aliviada. Con estas palabras de Michael se le quitaba un gran peso de encima.

Desde luego, la muchacha comprendía que debía ser prudente y no hablar de más con nadie. Absolutamente con nadie. Sin

excepciones. Por su propio bien.

—Ahora debo irme en busca de la policía. Me han asegurado que van a venir inmediatamente, pero prefiero asegurarme…

—¿Vas a irte ahora? —se inquietó Audrey.

Iba de susto en susto.

Todos eran malos.

No sabía cuál era peor.

—¿Te importa quedarte sola unos instantes?

—¿Sola con Skelton? —Su desasosiego se hacía cada vez mayor.

—No debes temer nada de él —dijo Michael—. Tiene un aspecto poco agradable, pero no es mal hombre. Además, ahora que recuerdo le he enviado a buscar una medicina…

—Entonces, ¿debo quedarme sola con un cadáver? Con el cadáver de Adrian Carter…

—Están las criadas. Y mi madrastra, que puede necesitar de ti…

—Sí, claro, me hago cargo. —Y a continuación aclaró—: Puedes irte tranquilo, Michael. Yo cuidaré de todo mientras tú vas en busca de la policía.

Acababa de concebir la idea de entrar, sin más espera ni demora, en el cuarto oscuro…

Si Skelton estaba fuera, si Michael se marchaba, y si su madrastra se hallaba inerte sobre el lecho, ¿qué momento mejor, más idóneo, para de una vez averiguar…?

—Así me gusta verte, Audrey —sonrió Michael—. Sin perder del todo el ánimo. Como debe ser.

Pocos minutos después, la muchacha le veía marchar en su coche a bastante velocidad.

Y ya libre de movimientos, la muchacha cogió una caja de cerillas que había sobre la repisa de la chimenea y se dirigió hacia el piso de arriba.

Primero pasó por el dormitorio de la enferma y comprobó que seguía quieta, inmóvil, como si el tiempo se hubiera detenido en ella. O como si ella no quisiera avanzar sobre el tiempo.

Después, Audrey siguió adelante por el pasillo y enfiló de nuevo la escalera, esta vez dirigiéndose hacia el ático.

Al llegar así, sus pasos no se detuvieron.

Ni vacilaron.

Ni se hicieron medrosos.

Fue recta y decididamente hacia la puerta del cuarto oscuro…

Cogió el manillar, lo hizo girar y abrió. Al poco estaba allí dentro.

Cerró la puerta a sus espaldas.

Quedó completamente a oscuras.

* * *

No esperó a que sus pupilas se fueran aclimatando a las tinieblas y encendió una cerilla.

A su débil e insegura claridad, vio que se trataba de una habitación amplia, de techo bajo, sin una sola ventana. Solamente había muebles y objetos viejos, deteriorados. Y polvo y telarañas.

Sobre una cómoda se hallaba medio inclinado un candelabro de bronce, al que le faltaba un brazo.

Audrey avanzó hacia allí, puso en pie el candelabro y acercó la cerilla. Lo encendió.

Así podría mirarlo todo bien, sin tener que estar pendiente de sacar una cerilla tras otra.

Pero por más que miró aquí o allá, la muchacha no encontró ni vio nada de particular.

Nada en especial acaparaba su atención.

Hasta que…, mirando en un sitio, en otro, en todos, como de antemano teniendo la seguridad de que allí estaba la respuesta que buscaba, encontró un cajón cerrado.

Su única idea fue abrirlo. Saber qué contenía. Averiguar qué había allí.

Algo sumamente importante tenía que haber, cuando el cajón estaba tan cuidadosamente cerrado.

Buscó la llave.

Inútil.

No estaba.

Pero eso no iba a detenerla. Cogió un hierro plano que encontró a su alcance, y haciendo palanca forzó la cerradura.

El mueble aquel no era muy grande, pero sí bastante alto, y ante sus acometidas se tambaleó repetidas veces. Casi creyó, en una ocasión, que se le derrumbaba.

Pero todo fue bien y ahora podía abrir ya el cajón en cuanto quisiera. Se hallaba a la entera disposición de su curiosidad.

Se detuvo un instante. Le temblaban las manos. ¿Iba a vacilar ahora, después de todo lo que había osado hacer? Por descontado que no. Iba a llegar hasta el final.

Abrió el cajón. Pese al temblor de sus manos, de una sola y seca estirada.

Y quedó sin sangre en las venas ante el hecho indudable, evidente, de que el maníaco asesino guardaba allí su diabólico disfraz.

Estaban las microlentillas de cristal brillante, de color rojo, que hacían que sus ojos dieran aquella escalofriante sensación.

Estaba el sombrero negro, que se calaba hasta las orejas, y el pañuelo, también negro, tras el cual ocultaba el rostro.

Sin embargo, esos «enseres» de su disfraz no delataban la verdadera y auténtica personalidad del asesino…

Pero allí había algo más. Y esto equivalía a saber ya de cierto, sin lugar a dudas, quién era…

Había unas hombreras amplias, recias, por lo que pronto se llegaba a la conclusión de que el asesino fingía una complexión física que no tenía.

Y había también unos zapatos con varias suelas. Una colocada sobre otra. En total, una altura aproximada de diecisiete centímetros.

Por lo que asimismo se deducía que el asesino quería despistar, o impresionar, con una estatura de la que carecía…

¿Y qué hombre conocía Audrey que pudiera necesitar tales añadidos, las hombreras, los zapatos…?

Sólo conocía a uno.

No era Skelton, ciertamente. Éste era ya alto y recio de por sí.

Tampoco era James Merrit, al que se le podía considerar un verdadero tipazo. Pero éste se hallaba ya libre de toda sospecha. No venía a cuento ponerle en la lista.

Únicamente, pues, podía tratarse de Michael Freeman.

Vio en el fondo del cajón una pequeña botella con un líquido verdoso.

¿Qué objeto, qué finalidad tendría ese líquido?

Audrey no podía saberlo, pero sí, por descontado, tener una leve

idea al respecto.

Sin duda debía tratarse de una adecuada combinación química, con la que Michael, antes de «actuar», se enjuagaría la garganta, hiriendo y desgarrando momentáneamente sus cuerdas vocales. Así, al hablar, su voz parecía que llegaba de ultratumba.

Ya había visto suficiente. Ya sabía cuánto necesitaba. Ahora le urgía salir de aquella casa, huir, antes de que Michael regresara.

Sin embargo, ya era tarde para pretender eso.

Oyó que crujía la puerta.

Dio un respingo violento, girándose.

Michael Freeman estaba allí, con un brillo siniestro en sus verdaderos ojos, con una sonrisa diabólica en sus labios que ahora se distendían con refinado sadismo.

En la mano derecha llevaba el cuchillo…

—Demasiado curiosa —fue lo primero que dijo—. La misma enfermedad que aquejó a Sally.

Cerró la puerta. Pasó el pestillo.

Audrey gritó. Un grito estentóreo, horripilante, que botó y rebotó entre las paredes y los muebles viejos.

—No te molestes en gritar —repuso Michael Freeman—; no va a oírte nadie. Skelton está fuera, ya te lo he dicho… En cuanto a las criadas, otro tanto… La muerte de Adrian Carter les ha impresionado mucho y les he autorizado a ir a sus casas hasta nueva orden… Sólo queda aquí mi madrastra, pero la he cerrado con llave en su dormitorio, por si acaso… Aunque lo considero una precaución innecesaria… Por más que oiga gritar a alguien, ella no hará nada…

—Eres tú…, tú… —musitaba Audrey, una y otra vez, en el colmo de su espanto.

—Sí, yo… —y ahora se reía, y su risa era verdaderamente maquiavélica—. Era fácil de imaginar… ¿No te dije que tenías que casarte con Michael Freeman? «La persona que yo más quiero en este mundo», añadí… ¿Pues aún lo querías más claro? —Volvió a reírse—. Yo, como es lógico, a nadie quiero más que a mí mismo…

Audrey se estaba muriendo de miedo. Porque el miedo se desbordaba dentro de ella.

Se desbordaba, sí, aniquilando toda esa resistencia que hasta entonces aún había conseguido mantener a flote.

Pero articuló:

—No sé cómo un ser humano puede llegar a esto… Es espantoso… Es monstruoso…

—¿Quieres que te lo explique todo desde el principio? —Michael Freeman se regocijaba con el pavor de la muchacha y por eso no le importaba dilatarse en pormenores: de ese modo haría más siniestra y refinada su agonía—. Así me comprenderás mejor, Audrey.

—Nunca comprenderé a un ser malvado, demente y sádico como tú.

* * *

—Nunca comprenderé a un ser malvado, demente y sádico como tú —repitió la muchacha.

—Podemos hablar —Michael Freeman se reía—, no tenemos prisa. La policía no va a venir todavía. He hecho ver que telefoneaba… Como he hecho ver que me iba… Pero ya ves, he vuelto oportunamente…

—Pagarás tus horrendos crímenes —dijo ella—. No pienses en salir impune… La policía, antes o después…

—No lo verás tú —repuso Michael Freeman—. Entrando en este cuarto y averiguando mi verdadera personalidad te has sentenciado a ti misma…

—Me lo imagino. Por eso no me contengo y te digo lo que siento: eres un verdadero monstruo…

—Las mujeres nunca se han enamorado de mí —masculló Michael Freeman, y su mirada se hizo terriblemente torva, al mismo tiempo que empezaba a babear—. No les atrae mi cuerpo flaco, ni mi escasa estatura… He acabado acomplejado… Terriblemente acomplejado… Y este complejo me atormenta sobre todo los días nublados, lluviosos, que es cuando me entra un desesperante dolor en las sienes… Por eso, fastidiado, harto, me dije: «¡Se acabó! ¡Mujer que me desprecie, mujer que he de matar!». Pero para poner el ambiente acorde con los hechos que iban a acaecer, pensé que de antemano debía protegerme de la policía… Y así se me ocurrió hacer que desaparecieran los restos de mi padre… Con ello encontraba varias estimables ventajas. Primero, si yo mataba a mis

víctimas del modo y forma que mi padre mató a mi madre, y si la policía sabía que el ataúd de mi padre había sido hallado vacío, terminaría hundiéndose en suposiciones y conjeturas que podían resultarme muy beneficiosas… Segundo, mi madrastra también creería en su locura que mi padre no había muerto, que vivía, o que había resucitado, y que esos crímenes… los cometía él… Mientras tanto, yo podría ir actuando… Además, poniéndome las microlentillas rojas, las hombreras y los zapatos de suela repetida, si alguien me veía o alguna de mis víctimas sobrevivía, lo que no era probable, nadie pensaría tampoco en mí. Soy listo, ¿no te parece, Audrey?

—Lo único que me parece es que estás loco…

—La primera muchacha que me rechazó la maté casi con timidez… Pero con la otra, con la del snack-bar, fue ya distinto… Había aprendido a hacerlo… —Jadeaba al rememorar los hechos, pero era de intenso placer, de malsano gozo—. Contigo tampoco me hubiera faltado el valor, pero pensé que era preferible obligarte a que te casaras conmigo… Una manera como otra de conseguir lo que deseaba… Pero te hubiera matado, no decidiéndome a dar ese paso… Sin embargo, tú misma te ofreciste a hacer cuanto yo quisiera, a obedecerme en todo, y entonces ya no dudé más… Opté por darte esa oportunidad… Una oportunidad que no te merecías, y que al final has malogrado lamentablemente…

—Eres un monstruo… Un monstruo… —decía y repetía Audrey.

Cada vez era mayor su miedo, su pavor. Temía desmayarse de un momento a otro.

Michael Freeman volvía ahora a reírse, mientras su boca babeaba cada vez más. La baba se le deslizaba ya hasta el cuello de la camisa.

—Sally fue una estúpida. ¿Por qué tuvo que entrar aquí y averiguar lo que no le importaba? Tuve que salirle al encuentro y matarla… No me había dejado otra alternativa. Me dolió hacerlo, sí, de veras… No era mala chica, siempre nos habíamos llevado bien. Pero si mi madrastra había prohibido que entrara nadie aquí, ¿por qué tuvo que entrar ella, en un absurdo desafío? Sally sabía que un día su madre, con un hacha, quiso matar a Adrian Carter por el solo hecho de pretender entrar en este cuarto… Pues si lo sabía, ¿por qué se obstinó en su malsana curiosidad?

Se detuvo unos instantes. Continuaba jadeando. Su mirada era desquiciada.

—Mi madrastra sabe, o presiente, que aquí está el disfraz del asesino… Sólo que ella cree que el asesino es Skelton, es decir, mi padre… Mi padre que en realidad está ya devorado por los gusanos… Por eso aquel día, al imaginar que Adrian Carter pretendía averiguar algo, mi madrastra de poco le mata…

Nuevamente se interrumpió Su gozoso jadeo era siniestro, alucinante. Su mirada, por lo demás, resultaba cada vez más desquiciada.

—A Adrian Carter le tuve que matar yo… También se obstinó en saber más de lo debido… Para mí que tú le gustabas y que quería ayudarte, defenderte… Sin embargo —se rió, de pronto, con desorbitadas carcajadas—, no era fácil matarle sin que gritara… Pero se me ocurrió invitarle a una copa de jerez… Le puse una fuerte dosis de somnífero y esperé… Cuando se hubo dormido, ya fue sencillo… Me acerqué y le hice unos profundos cortes en las muñecas, cortándole las venas… Pero lo hice poco a poco, suavemente… Ni siquiera pestañeó… Y el resto lo hizo solo…

Dio un par de pasos hacia la aterrorizada muchacha, alzando ya el cuchillo.

Ante el gesto de su brazo, se alzó también la manga de la americana.

¡Apareció el lunar!

¡El fatídico lunar!…

—Ahora te mataré —dijo Michael Freeman—. Luego iré a mi madrastra y le diré que ya lo sé de fijo, que mi padre vive y que ha sido él quien, una vez más, ha dado muerte a una muchacha joven y atractiva… En este caso, tú… Mi madrastra sigue enamorada de mi padre… Desde que le cree vivo, o resucitado, para el caso es lo mismo, su único pensamiento es no perderle de nuevo… Ella cree que mi padre es Skelton. Se le parece, sí, aunque no mucho, pero lo que falta de semejanza física lo pone su demencia… Le diré a mi madrastra: «La policía va a detener a mi padre… Sólo tú puedes salvarle, diciendo que has sido tú quien ha cometido esos crímenes… A ti te castigarán mucho menos… Con las mujeres la ley es siempre mucho más benévola… Sacrifícate… Hazlo… Hazlo…». Y lo hará, aunque me costará un poco convencerla… Ella me dirá,

llorando, desesperada: «Le perdono todos sus crímenes, pero el de Sally, no…». Yo insistiré una y otra vez: «Debes hacerlo… Mi padre no sabía que era Sally… De saberlo, no la hubiera matado… Claro que no… Sacrifícate… Hazlo…». Y, finalmente, lo hará. Y será ingresada en un sanatorio mental. Y así acabará todo para ella. Y yo quedaré libre de culpa. ¿Verdad que soy listo, Audrey?

CAPÍTULO X

Se acercó más a la muchacha.

Amenazadoramente.

Ella retrocedió, con las rodillas flaqueándole, temblando toda ella. Con las palpitaciones del corazón golpeándole violentamente en el pecho.

—Voy a matarte…

Pero en aquel preciso instante se oyó la sirena de la policía.

James Merrit había ido directo a la comisaría de policía. Con su moto, llegó en poco tiempo. Quería decirles que urgía su inmediata llegada al caserón.

—Allí he dejado a una muchacha —les hizo saber—. Temo que pueda sucederle algo… Sospecho que…

Entonces se enteró de que en la comisaría no habían recibido ninguna llamada telefónica.

—¿Cómo? —inquirió—. ¿No les ha llamado nadie?

—No, nadie —ratificó el inspector.

—¡Pues entonces ya sé quién es el asesino! —exclamó James Merrit—. ¡Corran! ¡Dense prisa! ¡La muchacha está en peligro!

Y poco después, acompañados por la sirena, se abrían paso varios coches patrulla.

—Vienen a salvarme… —A Audrey se le había abierto el cielo.

—Antes de mataré —masculló Michael Freeman, con iracunda rabia—. No te saldrás con la tuya.

—Me defenderé —dijo Audrey—. Tú no eres muy fuerte, te costará atraparme… Perderás unos minutos… Te serán fatales… Llegará la policía y te apresará…

—Yo tengo el cuchillo.

—Me defenderé… —repitió ella—. Perderás demasiado tiempo…

Audrey consiguió lo que se proponía: que Michael Freeman

optara por huir inmediatamente.

—Sí, es mejor que me largue ahora mismo. —Su rabia crecía, le ahogaba, casi le resultaba insoportable—. Pero volveré por ti… No, no me atrapará la policía… Descenderé la colina y huiré por el bosque, por entre los abetos… No darán conmigo… Tengo dónde esconderme…

Retrocedió, descorrió el cerrojo, abrió la puerta y salió corriendo escaleras abajo.

No mucho después era James Merrit quien subía la escalera de tres en tres peldaños, entrando en el cuarto oscuro…

—¡Audrey!

La muchacha aún pudo llegar hasta él. Pero, agotada toda su resistencia, exhaustas sus fuerzas, quedó sin sentido entre sus brazos.

* * *

Michael Freeman había conseguido descender la colina.

Había conseguido internarse en el bosque.

La policía, de momento, no había podido dar con él.

Como una anguila, se había escurrido de la vigilancia que le tendieron por unos y otros senderos.

Ahora ya respiraba más aliviado.

Era de noche.

Una noche intensamente oscura, pues la bóveda celeste se había llenado de negras y rugientes nubes.

Michael Freeman comprendió que iba a haber tormenta.

Y la hubo. Una violenta y enfurecida tormenta.

Lluvia, truenos, rayos… Una aparatosa e incontenible tormenta, que bajó a la tierra como si el Más Allá se hallara indignado y pidiera justicia.

De repente, el zigzag de un rayo rasgó e iluminó el ambiente, y luego fue a caer sobre la copa de un árbol, incendiándolo…

Y estas llamas prendieron pronto en los árboles contiguos, propagándose… Propagándose a gran velocidad, pues como por encanto, como por obra de magia, había dejado de llover… Todo, por tanto, contribuía a que así sucediera…

Michael Freeman se había estremecido violentamente. Le había parecido que, acompañando al fragor del trueno, una voz le decía:

—Por tu primera víctima…

Echó a correr hacia adelante. Pero cayó un nuevo rayo, esta vez ante él. E incendió otro árbol, prendiéndose fuego también a los que se hallaban colindantes.

La misma voz había sonado de nuevo:

—Por la muchacha del snack-bar.

Sí, la voz lo había dicho. Michael Freeman lo hubiera jurado una y otra vez.

Corrió desesperadamente hacia la derecha.

Pero cayó un nuevo rayo, violento, destructor. Y surgió imponente, avasallador, un nuevo incendio.

—Por Sally…

—No, no… —gimió Michael Freeman, sudando por todas las partes de su cuerpo.

Corrió frenéticamente hacia el único lugar que ya le quedaba libre.

Otro rayo implacable… Y un nuevo incendio, devastador, incontenible…

—Por Adrian Carter…

Estaba ya acorralado.

No tenía por dónde pasar.

El cerco se estrechaba cada vez más.

Las llamas se juntaban unas a las otras, y crecían, y se multiplicaban. Aquello se estaba convirtiendo en un infierno.

El calor era torturador, asfixiante…

Michael Freeman creyó oír de nuevo aquella voz que, desde lo alto, sonaba como la de un juez severo e implacable. Tanto, que no estaba dispuesto a aceptar apelación alguna.

—Arderás como una tea…

—No, no… —gimió de nuevo.

Pero las llamas ya llegaban a él…

—Arderás como una tea…

Sí, éste fue su final.

No pudo evitarlo.

FIN